



SERIE SOULMATE

TERAPIA
FRUSTRADA

AZAHARA VEGA

SOULMATE
Terapia
frustrada



Azahara Vega

Primera edición, noviembre 2016.

Serie SoulMate 1.

© Azahara Vega.

Registrada en SafeCreative:

1609269280544.

Prohibida su distribución,

adaptación y traducción sin permiso de

la autora. Todos los derechos

reservados.

©Imagen de la portada,

contraportada, logo lobo: pixabay.com

©Ilustración, corrección y

maquetación: Azahara Vega.

Muchas gracias por embarcarte en la aventura de descubrir el mundo de SoulMate. Esta novela que tienes en tus manos, te la dedicó a ti.

También se la dedico a las chicas del grupo: Las chulísimas de Sheyla Drymon de Facebook, gracias a todas por formar parte de mi vida, sobre todo

a Ester FG, a Elena GV, a Aure Martínez, a Leila Milà, a Naya H.Donate, a María José Llamas, Aure Martínez, Araceli Romero... y todas las demás, que sois muchas pero ya tendré más novelas para poder dedicaros.

Y no me voy a olvidar de mi amiga, ilustradora y escritora Cristina Oujo, quien ha visto nacer la historia de Alice y su lobo, y ha sido su primera

lectora. Gracias por todo, de corazón.

Feliz lectura.

ÍNDICE:

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

EPÍLOGO

CAPÍTULO UNO



—¿Y entonces qué hiciste?

Número 997 se giró y la miró de reojo sin moverse del lado de la ventana. Como esperaba se mantuvo en

silencio, reacio a abrirse, boicoteando cada sesión de terapia que le obligaron a acudir el Consejo.

Alice llevaba tratándolo más de dos meses y siempre era la misma dinámica. Lo esperaba en su despacho a las tres de la madrugada. Le indicaba que se tumbara en el diván... algo que nunca hacía, y acababa hablando sola exponiendo los hechos que le

informaban sus superiores, y que se suponía que tenían que tratar.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esta actitud? —preguntó de nuevo, perdiendo las veces que se lo recriminó esa semana—. Me recuerdas al hijo de mi amiga y él tiene tres años.

Se sobresaltó cuando lo encontró delante de ella. Tuvo que tragar con dificultad y se echó un poco para atrás

instintivamente, quedando recostada contra el mullido sillón de su despacho.

—¿Me estás comparando con un infante humano?

Alice tuvo que reprimir un gemido de puro placer ante el tono de su voz. Para desgracia suya esas sesiones eran una auténtica tortura y no solo porque su paciente no participaba en nada, sino también porque era un pecado para la

vista, un hombre excepcionalmente atractivo con un timbre de voz capaz de provocar que sus bragas se humedecieran y le entrara unas ganas locas de suplicarle que cumpliera una de sus más eróticas fantasías.

Psiquiatra sorprendida,
paciente... sexy.

Respiró hondo un par de veces y se resistió al impulso de acortar los

centímetros que la separaban de esos labios... para devorarlo y...

«¡No! No vayas por ahí, Alice. Recuerda que es tu paciente. Si llegas a traspasar esa línea te pueden echar o lo que es lo mismo para esta gente... acabarás muerta y enterrada en un pozo profundo del que nadie te encontrará».

—No. —Alice estuvo a punto de reír cuando lo vio esbozar una sonrisa

confiada, mientras se alejaba de ella hasta regresar a su postura “casual” delante de la ventana, mirando a la lejanía como si ella no fuera lo suficientemente importante como para ser atendida. Le sacaba de quicio que no le hiciera caso, que la ignorara y se mantuviera esa hora en la que estaban obligados a permanecer en el mismo lugar, en silencio, observando la

oscuridad de la noche. Había días que tenía ganas de acercarse a él y golpearle con el bolso hasta que espabilara—. No te comparo con todos los infantes “humanos” —remarcó con burla la palabra humano que el otro siempre lanzaba con hostilidad y repulsión, como si ser humano era peor que ser un maldito gusano—, solo con el malcriado hijo de mi amiga. Si lo conocieras

veríais que tengo razón. Mike se comporta como tú, solo que él se enfurruña mirando hacia la pared y haciéndose una bola, mirando a su madre de reojo para ver si su táctica surge efecto y consigue lo que quiere.

No se perdió la tensión en los hombros de su paciente, ni la brillante y peligrosa mirada del hombre que se veía reflejada en el cristal.

«Bien. Altérate. A ver si empiezas a abrirte y...».

Esta vez sí que gritó cuando él la atrapó entre sus brazos, la levantó del sillón y la aprisionó contra la pared, manteniéndola presa con su cuerpo.

—¿¡Qué haces!? ¡Suéltame! No está permitido que me toques...

No pudo decir nada más. El beso con el que la acalló consiguió que se

olvidara de donde estaba y que era
mujer muerta si sus jefes se enteraban
que tocaba sexualmente a su paciente,
que traspasaba la línea de lo que se
consideraba profesional,
aprovechándose del vulnerable
hombre... aunque este fuera uno de los
asesinos más peligrosos de la manada
de lobos de la ciudad.

Gimió cuando fue levantada del

suelo, siendo besada como si no hubiera un mañana, intoxicándose con la apasionada presencia del lobo. El listado de motivos por el que ese beso era una mala elección, se evaporaron de su mente, dejándose llevar por el deseo que explotó en su interior.

Devolvió el beso con igual pasión, agarrándose con fuerza a sus hombros, entrelazando su cadera con sus

piernas, notando así que el lobo estaba muy... dispuesto a cumplir su fantasía.

—Atrévete ahora a compararme con ese niño...

Alice abrió los ojos e intentó centrarse en medio de la neblina del deseo y la pura necesidad de ser saciada sexualmente.

—¿Lo qué?! —exclamó con voz entrecortada sin ser muy consciente de

lo que hablaba su paciente 997, o como ella lo llamó el primer día que lo vio: “ese lobo feroz mojabragas”.

Él se separó, alejándose un paso de ella. Alice estuvo a punto de caer al suelo ante la debilidad de sus rodillas. Seguía con la respiración agitada, las mejillas sonrosadas, los labios enrojecidos y humedecidos, el cuerpo tembloroso, el corazón enloquecido y...

—Ahora quién es el que no está atendiendo a la sesión, ¿doctora? —se burló él, mostrando una sonrisa socarrona que consiguió que todo el deseo que se agolpaba en el vientre de Alice se transformara en pura rabia.

Rabia por dejarse llevar por la pasión. Rabia por convertirse en Caperucita del lobo feroz. Rabia por... joder... por gemir y casi suplicar que la

cogiera contra la pared, que la follara como nunca antes se lo hicieron... y todo por un beso, un maldito beso...

«Que fue el mejor de tu vida, Alice, reconócelo», se dijo a sí misma, mientras apretaba los dientes e intentaba que su cuerpo volviera a la normalidad para poder dejar a la calenturienta mujer de lado y retomar su papel como psiquiatra profesional.

A duras penas lo consiguió.

—¡Vete! —acabó gritándole, pese a que por dentro se recriminaba el haberlo hecho. Se apoyó contra el sillón en busca de un refugio. Se sentía confusa, enfurecida consigo misma, con ese engreído hombre, agotada de la dinámica de su vida y... Miró el reloj que había colgado en la pared, suspirando internamente al ver que ya se

había cumplido la hora—. Se acabó la sesión. Vete.

—Doctora, tenemos que...

—¡Que nada! —le cortó alzando la voz, apretando con fuerza el cuero del sillón que mantenía ante ella como un escudo. No quería tenerlo delante. No quería saber nada más de él. Por su culpa había caído en una trampa de la que no tenía salida, sobre todo si se

cumplía lo que sospechaba...—. Vete ya, mi siguiente paciente está al llegar.

Como si fuera un regalo del cielo, cuando ya creía que el lobo iba a replicarle, se escuchó cómo alguien golpeaba la puerta.

—Entre. —Alice se sentó tras el sillón, rezando internamente que nadie se percatara de lo que allí había sucedido minutos antes.

La puerta se abrió y antes de que el paciente número 654 entrara al cuarto, el lobo gruñó y ordenó con voz furiosa:

—Ni se te ocurra entrar, gato. Si lo haces eres hombre muerto. La doctora está ocupada conmigo en estos momentos.

¿Cómo podía saber que el paciente de las cuatro era un cambiante

puma que sufría por su descubierta condición sexual? Llevaba tratándolo más de dos meses y al fin habían conseguido un gran paso al aceptar él que el concepto normalidad era muy flexible y que nadie tenía que meterse en su vida sobre todo por su condición sexual, pues amar era un sentimiento que se entregaba con la libertad de un corazón enamorado.

—¡No te vayas! —exclamó

enfurecida Alice, levantándose del sillón, fulminando con la mirada al lobo.

¿No podía actuar como si nada hubiera pasado y largarse por dónde vino como siempre hacía, sin mediar palabra?

Nooo, hoy tenía que hablar más que en todo el tiempo que lo llevaba tratando y actuando como un troglodita o peor... como un perro meando alrededor de ella

para marcar territorio.

—¡Sí que tiene que largarse el puto gato! Aún no hemos terminado de hablar y...

Alice se contuvo de lanzarle el bolso, los volúmenes inmensos de libros de la carrera que nunca leyó pero quedaban bien en el despacho y hasta el portátil... con tal de que se largara el lobo de una vez.

—No tiene que irse a ningún lado, tú tiempo de sesión ha terminado, así que lárgate de una maldita vez o...

—Doctora, es mejor que haga caso a su compañero, si quiere puedo venir más tarde y...

—¿Compañero? —le interrumpió Alice sin saber muy bien a qué se refería el cambiaforma puma, ese término lo había escuchado varias veces en su

consulta pero ninguno de sus pacientes le quiso especificar realmente a qué se referían. ¿Acaso podía oler su excitación en el aire? ¿Tendría los labios enrojecidos por el beso? —. ¿Qué significa eso? —se atrevió a preguntar sin saber si quería averiguar la respuesta.

—¿No sabe lo que es un compañero? —repitió con incredulidad

el puma, paseando la mirada entre el lobo y la psiquiatra—. ¿Acaso no le has informado de...?

—¡Cállate! —gruñó el lobo asaltando al otro hombre, agarrándole por las solapas del abrigo—. Ni te atrevas a terminar esa frase.

—Oh, lobo, estás en un gran problema si ella no tiene ni idea... Además, es humana.

—Lo sé, joder, ¿crees acaso que no lo sé!

Un golpe fuerte contra la mesa sobresaltó a ambos hombres, rompiendo la lucha de miradas entre los dos.

—Si ya habéis acabado de ver quién mea más lejos, os podéis largar los dos. Hoy no estoy para ninguna otra sesión, estoy cansada, agotada mentalmente. Solo quiero irme a casa y

descansar. —«Y de paso olvidar todo lo que ha sucedido en este despacho», pensó mientras tomaba el bolso que guardaba bajo la mesa y avanzó hacia la puerta.

El gran problema que tenía en su vida actualmente la detuvo agarrándola del brazo antes de que llegara a salir del cuarto.

—No te irás a ningún lado.

—¡Ah, sí! ¿Y quién eres para detenerme? Oh, si no recuerdo mal, solo eres mi paciente número 997. Bien por ti porque tras más de dos meses dando por culo al mantenerte en silencio o respondiendo con burlas o monosílabos, te has animado a comenzar a hablar, pero te recuerdo que soy tu psiquiatra y mi trabajo es escucharte y...

—Hacerme ver que todos mis

problemas son por mi mala relación con mis padres y por mi infancia desastrosa, ok, perfecto. Ya somos dos los que hemos visto la serie de Mentes Criminales y siempre la culpa es de los padres y de una infancia abusiva —le echó él en cara, frustrado por cómo estaba acabando todo. Nada de lo que tenía en mente se estaba cumpliendo. En cuestión de minutos todo se había ido al

traste, convirtiéndose en una comedia mala de...

La bofetada que recibió lo sacó de sus pensamientos, devolviéndolo a la realidad. Se quedó estupefacto sintiendo la mejilla palpitante tras el golpe.

—¡Imbécil! La psiquiatría es una carrera reconocida y no todos los problemas son por la infancia. No todo el mundo con una infancia de mierda

acaba siendo un psicópata asesino — gritó Alice, recordando su propio pasado. Cada escena que pasaba por su mente era como una puñalada directa a su corazón, provocando que sus ojos picaran por las lágrimas contenidas.

Sus padres se divorciaron cuando ella tenía seis años y acabó convirtiéndose en una niña yoyo viajando de una casa a otra, escuchando

los mismos insultos y acusaciones de cada uno de sus progenitores hacia el otro. Al final fue dejada de lado cuando sus padres volvieron a casarse y formaron nuevas familias. Con dieciséis años consiguió emanciparse, y tuvo que trabajar muchos años como camarera para poder pagarse la universidad a distancia. Ahora con treinta años tenía un trabajo del que se sentía orgullosa...

aunque le pagaran en dinero negro y nadie tenía que saber a qué se dedicaba o a quien trataba. Pues el Consejo de Inmortales fue muy claro cuando la contrataron a la fuerza, “si hablas de lo que veas o escuchas en tus sesiones, acabarás muerta”.

—Me has golpeado —masculló sin poder creérselo el lobo, palpándose la mejilla donde la mujer le abofeteó.

—Sí, y lo volveré a hacer si me vuelves a tocar. Ahora, déjame salir.

—Tenemos que hablar, es necesario que hablemos y...

—No, no digas ni una palabra más. Estoy harta de todo esto. Me voy para casa y si te atreves a interponerme en mi camino llamaré a mis jefes para informar de esto.

La amenaza surtió el efecto

esperado, el hombre la soltó. Más tarde se arrepentiría de haber amenazado a un hombre capaz de convertirse en una bestia de más de dos metros cubierta de pelo, con garras y colmillos, con lanzarlo hacia el Consejo; pero en esos momentos lo único que quería era largarse a casa, encerrarse en su dormitorio e intentar dormir hasta el día siguiente.

—Doctora, mejor que no diga ni una palabra más. —Esta vez quien habló fue el puma que seguía plantado cerca de la puerta, siendo testigo de todo lo que pasaba—. No tiene ni idea de cómo trata el Consejo a quien rompe las normas.

—Sí, si lo sé, me lo dejaron claro cuando me contrataron por la fuerza. Si cometo un error, estaré muerta. —«Y

esta noche lo he cometido. He tocado sexualmente a un paciente, como psiquiatra, como mujer, como empleada... recibiré un castigo. Ya me avisaron que tratara a los pacientes como números, que me mantuviese alejada de ellos, solo escuchando sus problemas e intentando curar sus mentes para que sigan realizando sus trabajos para el Consejo». No quería ni pensar en

qué trabajaban los cambiantes que trataba porque la mitad de ellos eran asesinos traumatizados con las muertes que pesaban en sus corazones.

—¿Te contrataron a la fuerza?

¿Estás amenazada? —bramó el lobo, mostrándose furioso, gruñendo entre dientes y con los ojos inyectados en sangre y brillantes de sed de venganza.

—¿Y a ti qué te importa? —

respondió de malas maneras Alice, moviendo con fuerza su brazo para liberarse del agarre del hombre.

—Por supuesto que me importa, ¿eres mi compañera!

Muy dentro de ella le dio un vuelco en el corazón ante el tono posesivo con el que le aseguró que era su compañera. Llevaba más de dos meses soñando cada noche con él,

imaginándose mil y una maneras de conseguir traspasar la coraza con la que llegaba a su despacho. Hacer lo posible para escuchar su excitante voz, para probar sus labios, para averiguar si lo que se comentaba de los lobos en las oficinas de la Sede humana de cambiantes era cierto...

Pero ahora se había jodido todo.

Sospechaba que en su despacho habían

instalado cámaras de seguridad para vigilar cada sesión, para comprobar la eficacia de su trabajo, pues los cambiantes no creían que los métodos humanos llegaran a funcionar realmente. Si esa cámara estaba oculta en algún lado del cuarto ya tenían pruebas de que había traspasado la línea entre lo profesional y lo personal, aprovechándose del hombre,

correspondiendo con igual pasión al beso.

Y para rematar, le había golpeado delante de otro paciente, chillando como una loca a los dos hombres y asegurando que se quería largar a casa y que estaba harta de todo.

Perfecto.

¿Y la psiquiatra era ella?

En esos momentos los que

estuviesen revisando las cámaras de seguridad de ese edificio se estarían partiendo el culo, señalándola que la loquera era la que necesitaba el loquero.

—Esto no puede estar pasando —
murmuró casi sin voz Alice, pero fue escuchada igual por los dos hombres.

—Me temo que sí, doctora. Así que le aconsejo que haga caso a su compañero y escuche lo que tenga que

decirle —le aconsejó el cambiaforma puma, sonriéndole—. Como siempre me dice, escuche a su corazón y creo conocerla un poco para saber que quiere quedarse con él y ver lo que tiene que contarte.

«Quiero, cierto», aceptó Alice para sus adentros. «Pero no puede ser. Me van a matar si esto va más allá. Hoy tendré que irme de la ciudad para que no

me encuentren. Estoy segura que en cuanto revisen la grabación de la cámara si no lo han hecho ya, irán a por mí».

Sintió una punzada de dolor en su corazón, pero la acalló con la razón. ¿Qué iba a esperar de todo eso? ¿Liarse con el lobo de su vida y vivir felices para siempre? Imposible. Su paciente era un asesino que según sus jefes mostraba una actitud alterada, peligrosa

para llevar a cabo eficientemente sus misiones.

¿De pasar a sentirse atraída sexualmente por un hombre atractivo y peligroso a... ser la “compañera” de un lobo que mataba porque se lo ordenaban?

No, tenía que ser realista. Ella no encajaba para nada en esa ecuación. Una cosa eran los sueños y los deseos y otra

muy distinta la vida real. Ella era una humana que se vio obligada a trabajar para los Inmortales el día en que se emborrachó por primera vez en su vida y todo porque había acabado la carrera de Psiquiatría y ya tenía su titulación. Bajo los efectos del alcohol acabó tambaleante en un callejón tras la discoteca a la que asistió junto a su promoción, en busca de un taxi. Pero en

lugar de un taxi se encontró en medio de una pelea entre hombres lobo que provocó que acabara esa noche con resaca en la Sede de los humanos.

Resaca, dolor de cabeza, frío, miedo en el cuerpo y... una amenaza directa de los soldados que la atraparon tras matar al lobo que atacó a un joven cambiante en el callejón.

“Hola, bienvenida a la Sede. Estás

muerta, humana si nos descubres. Que tengas un buen día. Ah, tu sueldo será...”

—No puedo quedarme, y tampoco puedo escuchar lo que tengas que decirme. Solo eres mi paciente, lo que pasó en este despacho nunca debió suceder. Me tengo que ir a casa. —Se movió hacia la puerta, deseando desaparecer, correr hacia la salida y

coger el primer taxi que encontrara en la calle para poder alejarse de todo. Debía darse prisa si quería desaparecer antes de que la atraparan.

¿Se había imaginado estar como estaba con treinta años cuando era pequeña? No. Pero hacía años que perdió los sueños de princesas, dragones y de finales felices.

—No te lo voy a permitir, eres mi

compañera y sabes lo que eso quiere decir. Desde que te vi supe que...

—¡NO! No digas nada más. Soy humana, tú un lobo...

—Y yo un puma que mejor me largo de aquí. —Este se giró hacia el otro hombre antes de irse para decirle —. No he visto nada, no te he visto, ni sé dónde está la doctora si me preguntan.

Tras esto, se fue, dejándolos solos. El silencio que siguió tras su salida fue tenso, incómodo. ¿Sabéis esos momentos en que quieres que la tierra se abra y te trague? Pues Alice estaba viviendo uno de esos instantes.

—Tenemos que hablar, y no voy a aceptar un no como respuesta.

La voz del hombre devolvió a la realidad a Alice, quien estaba con la

mirada clavada en el suelo, agarrando con fuerza el asa de su bolso. Alzó la cabeza y jadeó cuando sus ojos se encontraron con los penetrantes de él, intensos, de un azul que recordaba al cielo en verano.

—Por favor, tengo que irme.

Sospecho que colocaron una cámara en este despacho y han visto como...

—Nos besamos —terminó la frase

él.

—Sí —asintió ella—. Por eso debo desaparecer, si me atrapan estoy muerta. Ya me lo advirtieron cuando comencé a trabajar aquí, no podía involucrarme personalmente con ninguno de mis pacientes y... no lo he cumplido, no contigo... —acabó en un susurro apenas perceptible para el oído humano, pero el hombre que estaba delante de

ella no lo era y la escuchó perfectamente.

—Nadie va a hacerte daño, no lo permitiré. Como ya te he dicho, eres mi compañera, la única hembra a la que juraré lealtad y entregaré...

—¡Nada! No me vas a entregar nada, ¿acaso no escuchas? No soy una hembra, no soy una loba, ¡no soy nadie! Solo una humana que tuvo la mala suerte

de ver lo que no debía y acabé trabajando aquí. Y ahora, si te apartas de una vez me iré para siempre. Te aconsejo que busques a otra mujer para unirte a ella y convertirla en compañera o como quieras llamar a las relaciones que tengáis. Entre nosotros no puede haber nada.

—La que no comprendes eres tú, doctora. Un lobo no puede elegir a una

compañera, es el destino quién lo hace y en el momento en que la encontramos no vamos a querer a ninguna otra.

—No es posible...

—Sí —afirmó con rotundidad él dando un paso hacia delante, agarrándola por los brazos, resistiendo a la tentación de abrazarla, besarla y marcarla con su esencia para que ningún otro macho se atreviera a mirarla

siquiera; follándola, mordiéndole el cuello... haciéndola suya—. Sí que lo es, eres mi compañera, y por si no te queda claro, esto solo se pondrá así contigo, con nadie más. —Para mostrarle que hablaba en serio pegó su cuerpo al de él para que pudiera sentir que estaba duro, excitado por ella y solo con mirarla, con oler su dulce esencia.

Alice gimió al sentir esa dureza

presionando contra su estómago. No podía remediarlo. Ante ella, tenía a un hombre atractivo, con unos ojos que le sacaban el aire, con el pelo corto y de un color que le recordaba a los campos de trigo a plena luz del sol, labios finos pero que conseguían que sus bragas se humedecieron por el deseo, una nariz aguileña que provocaba que quisiera besarla y descubrir la historia de porqué

la tenía un poquito desviada pues seguramente fue fruto de alguna pelea...

Agachó la cabeza al ser incapaz de mantenerle la mirada, no podía evitar emocionarse al ver en sus ojos la verdad tras sus palabras. Para él era algo muy serio, eso estaba claro, pues estaba hablando de una unión que lo condenaba a no reaccionar ante otra mujer si lo que decía era cierto, y que pese a ser algo

propio entre cambiantes, lo estaba sintiendo con ella, presentándole una relación más profunda y seria que un matrimonio humano, por lo que pudo deducir.

Ese hombre, que le sacaba casi dos cabezas, que poseía un cuerpo fuerte y endurecido por los años de entrenamiento, por su condición de asesino y hombre lobo... la quería a

ella.

«¿Pero realmente me quiere por cómo soy o porque el destino le obliga a aceptarme? Si la unión esa no le permite mantener sexo con otra mujer... ¿no le queda otra que quedarse conmigo a la fuerza?», pensó sin poder evitarlo, teniendo mil y una dudas. Notando un punzante dolor en el pecho a causa de la inseguridad, después de todo, ¿cómo un

hombre así, que podía tener a quien quisiese, iba a quererla?

Ella no era ciega y cada día se enfrentaba a su reflejo. Era más bien bajita, con unos cuantos kilos de más (o como dijo su médico de cabecera con un sobrepeso que tenía que comenzar a reducir, pues al tener once kilos por encima del normopeso recomendado por las dichas tablas que miraban, podía

sufrir consecuencias en su salud a largo plazo), con unos ojos de un color miel, una melena riza del mismo tono apagado que sus iris y unos labios demasiado gruesos para su gusto.

No se sentía particularmente sexy y a las reuniones con sus pacientes siempre acudía con un traje oscuro de pantalón acompañado por camisas de colores claros, como blancas o rosas

claras, y siempre recogiendo su melena en una tirante coleta y evitando el perfume o el maquillaje para no irritar a los hombres y mujeres que la visitaban al tener un olfato muy desarrollado.

—Puedo oler tu miedo junto a tu excitación —la voz de él volvió a sacarla de su ensoñación o más bien de la pesadilla que se convirtió su mente con las dudas y sus inseguridades—,

¿me tienes miedo? ¿No me aceptas porque soy un cambiaformas lobo?

Esta vez quien mostró inseguridad en el tono de su voz fue él. Esto sorprendió muchísimo a Alice quien levantó la cabeza y buscó sus ojos, jadeando al poder ver con claridad que le había hecho daño con su silencio, con su negativa a aceptar que era su compañera. Pero no podía remediarlo,

no podía acallar la voz dentro de su mente que no le dejaba de recordar que solo era una humana en medio de un mundo de inmortales más propio de películas de terror que románticas como Crepúsculo.

—Me da igual que puedas convertirte en un lobo gigante o lo que sea, es solo que soy humana y... no puedes elegirme, dile a tu animal que

elija a otra mujer...

—Si llevas tiempo tratando a los míos, sabes que eso no es posible. Cuando elegimos a una persona, viviremos por y para ella. En este caso, tanto mi lobo interior como yo te queremos a ti y solo a ti. Mataremos por ti, moriríamos por ti, si no puedes aceptar esto... —Negó él con la cabeza incapaz de acabar la frase. ¿Qué iba a

hacer si la mujer no lo aceptaba? ¿Si no podía vivir con la idea de estar unida a un inmortal para siempre? «Nos dejaríamos morir», le habló su lobo en su mente, «por mucho que lucháramos por vivir, por continuar con nuestra misión, acabaríamos muertos. Lo sabes tan bien como yo. Sin nuestra otra mitad, sin ella, no podremos continuar».

—Lo que no puedo aceptar es que

esto acabe con nosotros, los tuyos me matarán en cuanto vean el vídeo de la cámara de seguridad de este despacho y a ti... —Se quebró, rompiendo a llorar. No podía aguantarlo más. Estaba agotada, mental y físicamente. Llevaba más de dos meses negando lo que su corazón le gritaba hasta desgañitarse: le amaba. Amaba su fuerza, sus penetrantes ojos, su oscura voz, su actitud confiada

tan diferente a la suya, su sarcasmo cuando le llegaba a responder a alguna pregunta, su aroma masculino...

Se sabía de memoria su informe médico, los datos que le facilitaron junto a su ficha personal. Conocía su trabajo como “eliminador” de la manada de la ciudad, que era el hermano mayor de una “camada” de dos cachorros, que sufrió en el pasado heridas graves que

marcaron su cuerpo... y su alma, convirtiéndole en uno de sus pacientes.

Jadeó al ser sorprendida con un beso. Duró menos de lo que esperaba, de lo que ansiaba, apenas una caricia a sus labios, intoxicándola con su suavidad, con la promesa velada de una pasión arrolladora.

—Céntrate en mí, abandona las nubes, doc. Desde esta noche eres mía y

nada ni nadie te va a alejar de mi lado.

—Eso no lo puedes asegurar, 997,
no sabes si...

—Bruce.

—¿Qué? —Parpadeó Alice entre
sus brazos, levantando la cabeza para
poder mirarle.

—Me llamo, Bruce, preciosa, no
997.

—Ahora me dirás que tu apellido

es Wayne —se burló ella, disfrutando al estar rodeada de su calor, pese a todo el miedo y la incertidumbre que le aprisionaba el corazón. Pese a que las ganas de salir corriendo y huir de todo, aún persistía en su mente.

Él se echó a reír, consiguiendo que temblara de pura excitación. Dios, su risa era como una caricia lenta e íntima que te elevaba al cielo.

—No, no soy Batman, preciosa.

Me llamo Bruce Erwan.

—Encantada de conocerte, Bruce Erwan.

Él elevó una de sus cejas, mostrando una mueca de burla.

—Ahora se supone que me tendrías que decir tu nombre.

—Supones demasiado, Bruce. —
Se intentó separar de él, alejándose del

espejismo que presentaba el lobo susurrándole que un futuro con final feliz era posible.

—Vuelves a apestar a miedo.

Joder, doc. Acepta que eres mía de una vez y que nada malo te va a pasar. Puedo escuchar lo alterado que está tu corazón, puedo ver cómo me miras o cómo hueles a puro deseo... No te soy indiferente y si me das una oportunidad, acabarás

amándome.

«Ya lo hago», confesó para sí misma, sin poder decirlo en alto. No se atrevía. No cuando nada le aseguraba que él podía conseguir que el Consejo no acabara con su vida.

Sí, era una maldita terca que no dejaba de darle vueltas a la cabeza a lo mismo, ¿pero tú qué harías si estuvieras en su lugar?

—Yo no apesto —acabó

murmurando sin querer reconocer que le amaba, que era su obsesión, el absoluto dueño de sus sueños, su pequeño secreto.

El silencio siguió a sus palabras.

No quiso levantar la cabeza y mirarlo.

No podía. No quería. No...

—Mírame —le ordenó Bruce,

tomándole del mentón para que elevara

la cabeza y poder así ver sus ojos.

—No. —Cerró los ojos con fuerza Alice e intentó agachar la cabeza de nuevo. Él se lo impidió.

—¿Quién se está portando ahora como una niña pequeña, eh, doctora?

Estuvo tentada a responderle: Yo no, pero sabía que solo confirmaría que estaba siendo obtusa, encerrándose en la negación sin querer salir de ahí.

Al ver que ella no iba a responderle, Bruce soltó un largo suspiro y tomó una decisión. No iba a permitirle que se alejara de esa manera de él. Temía que si la dejaba irse a su casa no la volvería a ver. Tanto su lobo como él sospechaban que la humana se alejaría para siempre en la primera

oportunidad, al ser incapaz de asimilar todo lo que estaba sucediendo.

«Debiste hablar con ella antes», le recriminó su lobo dentro de él.

No pudo decirle nada, pues sabía que el muy puñetero tenía razón. Desde que la vio por primera vez hacía más de dos meses supo que les pertenecía, era la compañera que por tanto tiempo llevaban anhelando.

Durante esos dos largos meses la observó en silencio, aprendiendo cada detalle de ella, sus sonrisas, sus suspiros de frustración, sus miradas apreciativas aunque las intentara ocultar de él, su dulce aroma a mujer, sus latidos que eran música para sus oídos sobre todo cuando se alteraban por él...

«Pensar en lo pudo ser y no fue no va a solucionar nada», le recriminó su

lobo, de nuevo con toda la razón de mundo. «Cógela en brazos. Parece un conejo asustado. Si la dejamos salir sola de este edificio se escapará. No podemos perderla, no ahora que la hemos encontrado».

Bruce cerró los ojos y le dio la razón a su lobo, su otra mitad, la mitad de su alma, quien estaba ansiando al igual que él a probar de nuevo el sabor

de su compañera.

Un ruido lo alertó y abrió los ojos, sorprendiéndose al ver que ella había escapado de sus brazos y corría hacia la salida.

¿Cómo pudo escapar sin que se diera de cuenta?

«Porque estás portándote como un cachorro sin atender a lo que te sucede a tu alrededor, ciego a tu entorno», le

insultó el lobo dolido al ver que la mujer huía de ellos. No querían su temor, querían que lo amaran como ellos ya la amaban.

«Corre, imbécil. ¡Ve a por ella!», gritó su lobo una vez más al ver que él no reaccionaba.

Salió precipitadamente por donde ella huyó, olisqueando el aire siguiendo su rastro. No pudo ir muy lejos. Avanzó

por el pasillo mientras el lobo le rasgaba por dentro con ganas de salir. Sus instintos de cazador estaban en alerta y le ayudaron a localizarla tras la puerta del despacho al final del pasillo.

Tocó la madera e inhaló con fuerza, llenando los pulmones. Sí, su compañera estaba en ese cuarto.

Gruñó al percibir el aroma de un cambiante serpiente.

Se separó de la puerta y le pegó una patada rompiéndola en pedacitos. Lo que se encontró en el cuarto lo enfureció al punto de querer arrancarle de un bocado la cabeza a...

—¡Maldito hijo de puta, suelta a mi compañera!

El día no podía ir a peor.

Primero, acabó cumpliendo uno de sus sueños, besar al paciente que le volvía loca cada noche desde que lo conoció.

Segundo, por culpa de ese candente beso se puso en peligro ante sus peligrosos jefes.

Tercero, cuando intenta alejarse del todo de 997 o Bruce este le dice que es su compañera predestinada y que por

tanto debe de estar dando saltitos de alegría porque está unida a él. ¿Y el amor dónde entra en la ecuación?

Cuarto... cuando consigue escapar del lobo es secuestrada por un hombre que salió de uno de los despachos al final del pasillo.

Quinto... ¿hacen falta más razones? Pues si hacen falta solo comentar que el secuestrador es un

hombre que está desnudo y que no deja de sisear recordándole a una serpiente, poniéndole los pelos de punta.

¿No se quejaba que su vida era muy aburrida y que no le pasaba nada bueno? Que alguien la pellizque cuando se vuelva a quejar para recordarle que lo mejor es no pedir porque cuando se cumple tu deseo... tal vez no sea lo que esperabas.

Y para rematar el día... La puerta del cuarto donde estaba retenida por el loco en pelotas acabó estallando en pedazos dejando paso a su “seductor y peligroso lobo salvador”.

—¡Maldito hijo de puta, suéltala!

«Socorro, ¿cuándo me he convertido en la pobre princesa que es tratada como un frágil premio del que todos quieren un pedazo? Nunca me han

gustado las princesas Disney, y ahora me he convertido en una de ellas pero en lugar de ser salvada por el príncipe más bien es por... ¿La Bestia?», Alice soltó una maldición que fue acallada por la mano de su secuestrador que la tenía aprisionada en sus brazos, manteniéndola en silencio con una mano sobre su boca.

La Bella y la Bestia era su

película favorita y desde niña siempre quiso una historia de amor como esa, ahora... ¿por qué no pediría en todos sus cumpleaños que le tocara la lotería, al menos ahora estaría en una playa paradisíaca del Caribe y no en medio de una lucha de miradas y de egos entre dos hombres que eran capaces de transformarse en animales?

Su secuestrador se rio,

sacudiéndola por las fuertes carcajadas y manteniendo en todo momento su agarre sobre ella. Podía sentir su desnudo y fibroso cuerpo tras ella.

—¿Soltarla? Ni loco, ella es mi llave para escapar de este lugar.

Alice tembló al escuchar la voz del hombre que la tenía secuestrada, pues el tono le recordó a una serpiente, alargando las s.

—¡Suéltala o estás muerto, serpiente! —rugió Bruce, permitiendo a su lobo que se mostrara, alargándose sus garras y sus colmillos y cambiando el color de sus ojos, de un azul intenso a un amarillo brillante.

—¿Nadie te enseñó que no puedes mostrar tus debilidades a tu enemigo?, chucho. Ahora tengo claro que no la voy liberar hasta que estemos muy lejos de

aquí, así que... —Alice gritó de dolor y por la sorpresa al notar cómo le rasgaban la piel del cuello lentamente. Si antes tenía miedo ahora estaba aterrada al borde del desmayo.

Bruce aulló al ver como el cambiante serpiente le hacía daño a su compañera al arañarla con sus garras y cuando el olor a sangre inundó cada rincón de ese cuarto, perdió el control

sobre su lobo quien se mostró furioso, con sed de venganza.

«No puede ser...», murmuró Alice en su mente, paralizada, con el corazón a punto de estallar. Lo que estaba presenciando era más propio de las pesadillas pues no todos los días se veía como un hombre se retorció haciendo

crujir sus huesos, gruñendo sin parar hasta convertirse en... en...

—Oh, parece que el lobo se puso muy nervioso no serás su compañera, ¿no?

—¿Qué? —tartamudeó Alice, sin poder despegar la mirada del hombre que le robó el corazón. Verlo transformado en hombre lobo, en cambiante, en lobo o como se llamasen a

sí mismos era... terrorífico y a la vez, mágico. Si ya Bruce era impresionante en su forma humana, como lobo era...

SIN PALABRAS.

—Com-pa-ñe-ra, que si eres su...

—¡Ya te escuché la primera vez, imbécil! —masculló entre dientes Alice removiéndose en el sitio, intentando liberarse mientras agarraba con fuerza el asa del bolso.

—Ok, lo entiendo, sí lo eres.

Mejor... —El siseo la puso de nuevo de los nervios. No le gustaba para nada las serpientes, eran... eran... viscosas, con esos ojos saltones, llenas de escamas y... «Un cuerpo de infarto que parece sacado de una revista de modelos de ropa interior masculina», reconócelo Alice. «Recuerda cuando te lo encontraste cara a cara cuando abrió la

puerta del despacho antes de secuestrarte...».

El aullido desgarrador del lobo la devolvió la realidad, alejándola de los recuerdos y de su alocada mente que vivía ese día una constante aventura que estaba segura que nunca iba a olvidar.

—Prepárate, porque nos largamos de aquí.

—¡Qué! ¡No! ¡Suéltame! —gritó

Alice, intentando liberarse.

Los gritos de la mujer acribillaron el corazón del lobo quien gruñó y se lanzó hacia delante para liberar a su compañera, para arrancarle la cabeza al hombre que se atrevió a tocarla. Cuando estuvo a punto de alcanzarlos, presencié con horror como la maldita serpiente

corrió hacia la ventana y la atravesó, rompiendo los cristales con su espalda, dejándose caer al vacío.

Tanto Bruce como su lobo aullaron de dolor al ver y oler el miedo de su compañera, de la mujer a la que amaba con todo su ser, a la que debía proteger con su vida y... se escurrió entre sus manos cuando estuvo a punto de atraparla.

Saltó encima del marco de la ventana y miró hacia abajo. Atraparía a la serpiente y la desgarraría lentamente, le arrancaría el corazón, le...

«Vamos a acabar con su miserable, vida», prometieron tanto Bruce como su lobo interior, ahogándose con la intensa y amarga sed de sangre.

Aulló levantando la cabeza, cerró los ojos y captó el aroma de su

compañera y del hombre que se la llevó.
Los abrió y se dejó caer hacia los diez
pisos aterrizando de pie frente a la
puerta de entrada al edificio de la Sede
para los humanos. Encorvó el cuerpo,
adoptando una postura a cuatro patas
y... se puso en marcha a toda velocidad
siguiendo el rastro.

La caza... había comenzado.

CAPÍTULO DOS



—Deja de moverte, no ves que así estás ralentizando mi huída.

«¡Oh, perdone usted, señor secuestrador!, me quedaré quietita y en

silencio para que puedas huir sin problemas, gilipollas», pensó con ironía, Alice, sin dejar de removerse, intentando por todos los medios liberar sus brazos para poder arañarle la cara, los ojos o lo que fuera necesario para que la soltara al ver que las patadas que le estaba dando no surtían efecto.

Llevaban unos diez minutos corriendo entre los callejones a una

velocidad sobrehumana y el muy hijo de puta le cubrió la boca con el asa de su bolso, tras romperlo, para así acallar sus gritos de auxilio. Lo que le sorprendió es que por más que gritó y pataleó, nadie acudió en su ayuda. ¿Es que no había nadie a esas horas de la noche por la calle? Y de haberla... ¿a nadie le parecía extraño ver a un hombre completamente desnudo corriendo con

una mujer amordazada en brazos?

Por suerte, parecía que el destino la escuchó cuando al girar a la derecha se encontraron con un coche de policía parado a pocos metros de ellos.

—Joder —siseó su secuestrador, deteniéndose en seco al ver que los dos policías le habían visto y estaban saliendo del coche.

Alice estuvo a punto de llorar de

pura alegría al ver a los dos agentes de la ley.

«¡Detened a este loco! ¡Ayuda!», gritó una y otra vez en su mente, moviendo las piernas con fuerza, consiguiendo pegarle una patada en sus partes que provocó que el hombre la soltara, dejándola caer al suelo de golpe.

—Maldita loca, ¡me has golpeado

en los cojones! ¡Joder, cómo duele!

La caída al suelo no fue lo que esperaba. En las películas parecía más sencillo, en la vida real, que un hombre te soltara desde una altura sin avisarte provocaba que acabaras golpeándote la cara contra el suelo, aturdiéndote.

Si no se había roto la nariz sería puro milagro...

Alice acabó sentándose en el

suelo y a punto estuvo de vomitar al notar el desagradable sabor a sangre en su boca. Se echó hacia delante ignorando el intenso dolor de cabeza que tenía y escupió varias veces, gimiendo al ver que no dejaba de sangrar.

Alzó la cabeza y miró hacia los policías. Estos se acercaban hacia ellos. Cuando iba a gritarles por qué narices

no estaban deteniendo al maldito secuestrador, los agentes la sorprendieron al gritar:

—William, ¿qué haces desnudo y con una humana en esta ciudad? ¿No tenías una orden de alejamiento de esta comarca?

Alice estuvo a punto de golpearse ella misma la cara contra el suelo de nuevo al ver que los agentes conocían al

secuestrador.

«Nooo, esto no puede estar pasando. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?», se quejó sin dejar de escupir, sintiendo un punzante dolor de cabeza.

—Casi me da un infarto cuando vi el coche de policía, menos mal que sois vosotros o ahora mismo tendría un gran problema al tener que lidiar con esta mujer mientras noqueaba a los agentes

antes de que me pegaran un tiro.

El otro policía que aún no habló, intervino:

—El tiro te lo tendríamos que pegar igualmente, William. ¿Cómo te atreves a aparecer por la ciudad con la orden de alejamiento que pende sobre tu cabeza?

—El amor —respondió encogiéndose de hombros este, sin dejar

de sonreír y controlando al mismo tiempo que la mujer no se moviera de su lado. No había mentido cuando dijo que ella era su llave para la libertad. Cuando la capturó la iba a convencer para que le ayudara a salir del edificio al ser una de las trabajadoras de la Sede y por tanto poseedora de las tarjetas de acceso que empleaban para abrir y cerrar las puertas; pero al ver que era la

compañera de uno de los Asesinos más peligrosos del Rey de las manadas de lobos fue un golpe de suerte que no iba a desaprovechar. Ahora no solo tenía un acceso para escapar, sino también para salir de la ciudad. No tendría castigo si no lo atrapaban. Por eso le dio igual saltar por la ventana y alertar a los vigilantes o a los humanos que a esas horas de la noche estuviesen en sus

despachos. Él tenía la mano ganadora en esa partida.

—¿Amor? ¿Tú? —Ambos policías rompieron a reír, doblándose en dos—. Lo único que amas es a ti mismo, William. Todos los de tu clase sois así.

Este acalló la rabia que lo asfixió en esos momentos. Odiaba las etiquetas que los demás cambiantes pusieron a los de su raza. Los cambiantes serpientes

eran muy escasos, valiosos por sus extraños dones, su gran belleza y su mortífera capacidad para acabar con sus enemigos. Estaba cansado de vivir una existencia en la que los demás inmortales se creían superiores a él y lo tachaban de inmoral y de ambicioso.

Sus hermanos y hermanas vivían esparcidos por el mundo, ocultándose tanto de los inmortales como de los

humanos, interviniendo cuando el frágil equilibrio entre mundos estaba a punto de romperse, siseando a los gobernantes lo que tenían que hacer para mantener la paz entre razas. Él se cansó de esa vida, arrastrándose entre las sombras sin ser visto, odiado y temido entre las demás criaturas mágicas, sin llegar a vivir realmente.

Lo abandonó todo, su puesto como

vidente para el Consejo, alejándose de ese pomposo mundo de falsedades para luchar por su libertad, por ser solo un hombre que no vivía en las sombras sin que nadie supiera de todo lo que hacía por los demás, por mantener la tregua entre especies.

Como siempre hacía se tragó el orgullo y acabó encogiéndose de hombros mientras se burlaba de las

duras palabras de los agentes, unos cambiantes tigre que trabajaban como agentes de la ley como infiltrados entre los humanos.

—Que os puedo decir, me gustan las emociones fuertes —siseó, alargando las eses al punto en que mostró su larga y bífida lengua, captando los aromas que los rodeaban. Sudor, suciedad, miedo, dolor, sorpresa,

desconfianza... furia.

«¡Mierda, el lobo está cerca!

Seguro que está presenciándolo todo para ver cómo actuar», pensó tras analizar todos los químicos que captó con su lengua. Uno de sus dones como cambiante serpiente era su capacidad para averiguar estados, emociones, si estaba en peligro o no... a través de su lengua, al igual que podía inocular

veneno si mordía a alguien pues poseía unos colmillos retráctiles que podía mostrar en apenas milésimas de segundos.

—¿Y la humana? —preguntó uno de los agentes, mirando fijamente a la mujer que seguía jadeando en el suelo abriendo y cerrando los ojos como si estuviera a punto de desmayarse.

—Mi billete de salida de esta

ciudad. —Volvió a encogerse de hombros William, reconociendo lo que estaba más que claro, que había secuestrado a una humana para salirse con la suya, para poder escapar de una ciudad a la que acudió para poder encontrar y liberar a una de sus hermanas, quien se había escapado de casa de sus padres con su amante, un cambiante halcón del que luego

descubrió que ella no era más que otra joya en el harem de este hombre.

No pudo negarse acudir en su ayuda y más cuando fueron sus padres quienes le llamaron para que les ayudara a recuperarla pues según el mensaje de voz que consiguió hacer llegar la joven a su familia, el halcón no la dejaba irse, manteniéndola presa en una jaula de oro.

«Al menos, ese problema ya está

resuelto y Mirline ya está de camino a casa de sus padres. Lástima que tuve que atraer la atención a los malditos halcones para que ella pudiera escapar», recordó William, mientras se cruzaba de brazos.

La noche anterior acabó escapando a las afueras de la ciudad a duras penas, siendo perseguido por una bandada de halcones dispuestos a

acabar con él. Malherido buscó refugio en la casa de una humana quien lo atrapó desnudo, sangrando y jadeante en medio de su salón. El chillido alertó no solo a los halcones, también al marido de la mujer que por suerte resultó ser un cambiante oso que lo ayudó a espantar a los jóvenes halcones, pero... también llamó a los miembros de Seguridad del Consejo para que se lo llevaran preso

por allanamiento de morada y asustar a su compañera.

Así acabó retenido en la Sede de humanos a la espera de que los miembros del Consejo tomaran una decisión acerca de qué hacer con él.

Unos querían acabar con su vida, otros querían obligarle a trabajar para ellos, y... la gran mayoría se mostraban avergonzados por la actitud de los

halcones comprendiendo que la acción de William fue por el bien de un miembro de su familia. No podían culparle por eso, todos habrían hecho lo mismo.

—Vamos a tener que detenerte por retención a una humana, William, si no nos la entregas en estos momentos —le amenazó uno de los agentes, dando unos pasos hacia ellos.

William apretó los dientes y todo su cuerpo se tensó. Él solo quería salir de la maldita ciudad y ver si Mirline llegó a salvo al punto de recogida que le indicó en el que la esperaban sus padres.

—¡No os atreváis a tocarla! — rugió el que faltaba en la ecuación y quien apareció de un salto, sorprendiendo a todos menos a William

—. Si tocáis a mi compañera, estáis muertos.

CAPÍTULO TRES



—Te das cuenta, lobo que estás
amenazando a dos agentes de la ley y...

—Puedo acabar con vosotros sin problemas —interrumpió Bruce la perorata del agente con voz enronquecida más animal que humana, elevándose, mostrando la fuerza de su cuerpo cuando le permitía al lobo salir.

El otro policía sacó su arma reglamentaria y apuntó al lobo, amenazándole a su vez:

—Si das un paso más te dispararé

y...

—Atrévete, gatito, pero antes has de saber que *LastShadow* no perdona a quien lo amenaza a él o a su compañera.

—Entrecerró los ojos Bruce y adoptó una postura defensiva dispuesto a recibir los disparos. No lo matarían pero dolería un huevo cuando las heridas comenzaran a curarse quedando las balas dentro de su cuerpo.

—¿Eres al que llaman

LastShadow? —murmuró el tigre con un tono de voz que mostraba que tenía miedo mientras dejaba caer la pistola al suelo por la impresión.

—Sí —respondió Bruce,

sonriendo internamente al ver como los tigres estaban a un paso de mearse encima. Toda una vida luchando en las sombras, acabando con los enemigos del

Consejo, granjeándose el respeto de todas las razas inmortales, le otorgaron el apodo de *LastShadow* y el poder de acabar con quien se interpusiera en su camino sin tener que dar explicaciones.

—Estás muerto, William, si has secuestrado a la compañera de... de...

—murmuró el otro tigre dando unos pasos hacia atrás, acercándose al coche patrulla.

«Oh, oh, estoy jodido. Lo reconocía nada más verlo, pero como el hijo del Rey de las manadas de lobos, no como ese Asesino que... ¡Mierda! ¿Cómo no lo vi? A veces ser vidente era una puta mierda, poder ver lo que sucede en el mundo antes de que ocurra pero ser incapaz de adivinar mi propio futuro», ironizó sin saber realmente qué iba a ocurrirle.

Él no quería hacerle daño a la humana, es más, la respetaba por la fuerza que le mostró, por el pasado que vislumbró cuando la tocó. Además... a él le gustaban los machos y el único sueño recurrente en su vida era la imagen de una gárgola que lo devoraba por completo, aceptándolo tal cual era. Un sueño que ansiaba internamente que fuera una visión de su propio futuro,

aunque no estaba seguro y con cada siglo que pasaba se temía que no era más que eso, un sueño.

—Está muerto, sí —afirmó Bruce, fulminando con la mirada a la serpiente, quien el muy hijo de puta seguía demasiado cerca de su compañera—. Pero antes de morir sufrirás por haber dañado a mi hembra.

Hembra, compañera, mía, estás

muerto... todas estas palabras resonaron con fuerza dentro de Alice, quien solo quería recuperar el control en su vida, de sus sueños, de su futuro, no temer a la oscuridad tras descubrir que las criaturas de los cuentos eran más que reales y terroríficamente peligrosos.

Esta tenía ganas de llorar, dejarse llevar por el cansancio, por todo el miedo que pasó, que aún saboreaba en

su boca junto al amargo gusto de su sangre... Solo quería hacerse una bola y olvidarse del mundo, no ver como se amenazaban de muerte ante ella, mientras el dolor se afianzaba en su cuerpo y la dejaba al borde del desmayo.

—No le hice daño, ¡maldición! —
exclamó con furia William.

—La tocaste, ese es motivo más

que suficiente para acabar contigo —
respondió Bruce, dando un paso hacia
delante, ansiando abrazar a su
compañera, lamer sus heridas y
llevársela a su refugio para amarla
durante días, antes de presentársela a la
manada y a su... padre.

Perfecto, lo que en un principio

era un brillante plan de escape para William, en apenas unos segundos se convirtió en... Corre, joder, corre que tienes a un lobo enfurecido tras de ti.

Eso fue lo que hizo, echó a correr en dirección contraria a donde estaban los otros cambiantes dejando atrás a la humana. Impulsándose gracias a la adrenalina que recorría todo su magullado y malherido cuerpo. Por

desgracia no llegó muy lejos. Acabó en el suelo, sin aire y con el peso de un hombre sobre él.

—Quieto, serpiente, o te arrancaré la columna.

William se quedó quieto pero no precisamente de miedo. ¿Cómo era posible tener una brutal erección y todo por la grave y rasgada voz de un hombre?

Se quedó pegado en el suelo, apretando los dientes y luchando contra las ganas de mirar de reojo para ver quién era el que se lanzó encima de él, atrapándolo con facilidad.

Al intentar girar la cabeza, sintió unas garras en la espalda, rasgándole la carne. Gritó, no lo pudo remediar y se quedó completamente quieto, casi sin respirar.

—No te aviso otra vez, serpiente.

Te mueves, te arranco la columna, así de sencillo. ¿Lo captas?

William siseó entre dientes, agradeciendo que los cambiantes serpientes no emitieran un aroma como los demás cambiantes pues si no en esos momentos acabarían con él, y no precisamente por no seguir las órdenes dadas, si no por ponerse duro por un

desconocido que lo estaba sometiendo contra el suelo. Las razas inmortales no veían bien las relaciones homosexuales pues según ellos, al no producirse crías a través de esa unión, no se reconocían como parejas de compañeros, ni uniones del destino.

—Stone, ¿qué haces aquí? —la voz de lobo atrajo la atención de todos, sobre todo de William quien maldecía

para sus adentros al reaccionar de esa manera ante un hombre, una maldita mole de músculos que lo aprisionaba contra el duro suelo.

—Por si no lo recuerdas, quedamos que tras visitar a tu doctora vendrías al bar de siempre para tomar la última copa, al ver que no apareciste me acerqué hasta la Sede. —Silbó mientras apretaba con fuerza las garras con las

que mantenía preso a su prisionero. Lo mantenía preso porque escuchó rugir a su amigo de la infancia que iba a acabar con él. Por muy hijo del Rey de las manadas, no podía permitirle cometer una estupidez que le conllevara recibir un castigo directo de su padre. Su misión además de asegurarse que Bruce llegara vivo tras finalizar cada misión a la que era enviado, era echarle en cara

todo lo que hiciera mal. Poco importaban las continuas amenazas del lobo de que le iba a arrancar las alas. Él no iba a dejar de mostrarle dónde se equivocaba por muy de la realeza y testarudo que fuera—. La habéis jodido pero bien, cuando llegué los guardias estaban evacuando a los humanos que trabajan allí ante un posible ataque de cambiantes sin identificar. O bien la

seguridad que tiene la Sede es una puta mierda o los acojonásteis cuando salisteis.

—Las dos opciones son válidas, Stone. Ahora haz el favor de apartarte de esa serpiente para que pueda matarlo.

William escuchó como el lobo caminó hacia donde estaba él. Sentirse atrapado, indefenso era una sensación que lo ahogaba. Su instinto le instaba a

transformarse en su forma animal y matar a esos dos cambiantes con su veneno. Pocos eran los que lo vieron con su cuerpo de serpiente... y los que lo hicieron estaban muertos.

Probó el sabor de su veneno. Si el lobo se acercaba más lo mataría, aunque eso le valiese tener al Rey de las manadas tras su culo o más bien tras su cabeza.

—No puedo dejar que mates a esta serpiente, por más que tengas tus razones ya sabes que...

—¡Tocó a mi compañera con sus sucias manos! —William siseó, nadie le hizo caso a sus palabras pues solo los otros cambiantes serpientes podría comprenderlas. «Maldito cabrón, hijo de puta, venga acércate, te voy a matar. Estoy cansado de aparentar que no soy

más que un imbécil sin cerebro que solo piensa con su polla. Vamos *LastShadow*, a ver quién de los dos gana».

—No es motivo suficiente para acabar con él —fue la escueta respuesta del extraño.

El gruñido de lobo sonó demasiado cerca. William sacó la lengua entre sus labios y cerró los ojos, centrándose en los diferentes aromas

que percibía en el aire, creando una imagen en 3D, dentro de su mente, de lo que le rodeaba. Muy pocos de los suyos tenían esa capacidad, poder ver a través de los químicos captados a través de su lengua. Por suerte, él era uno de los pocos elegidos.

Pudo ver a la mujer sentada donde la dejó, con el corazón palpitando con fuerza en su pecho y rodeada de un

charco de sangre y saliva. Los dos policías estaban apoyados contra el coche o más bien pegados contra el frío metal buscando un apoyo a sus temblorosos y atemorizados cuerpos, pues exudaban miedo por todos los poros de sus cuerpos.

Sobre él vislumbró el cuerpo de un hombre de gran corpulencia y altura, con unas... unas...

William se transformó en serpiente tomando a todos por sorpresa. En apenas unos segundos donde antes había un hombre apareció una gran serpiente de...

—Joder, ¿¡son todos los cambiantes serpientes así!? —masculló llamado Stone, silbando de admiración ante lo que veía, mientras alzaba el vuelo tras ser empujado hacia atrás tras

por la transformación del cautivo.

El lobo gruñó y mostró los dientes sin dejarse intimidar, adoptando una postura de ataque, con las garras extendidas y el cuerpo tenso preparado para saltar sobre su presa y desgarrarla con sus colmillos de un mordisco.

Alice quería desmayarse y así no ver lo que estaba sucediendo, después de todo...

No todos los días veías a una serpiente de unos veinte metros de longitud más parecida al basilisco de la película de *Harry Potter*... Dio un respingo cuando el monstruo abrió los ojos. Bien... no petrificó a nadie, pero cuando ese bicho abrió la boca...

Oh, esos colmillos... ahí sí que Alice se desmayó.

CAPÍTULO CUATRO



—Ni se te ocurra atacarle, Bruce
—le advirtió Stone colocándose frente a
su amigo, sin despegar la mirada de la
gran serpiente. Estaba francamente

impresionado y no todos los días conseguían dejarlo sin palabra. Quien lo iba a decir que el hombre al que sometió con facilidad pudiera convertirse en una bestia digna de ser respetada por la fuerza y la amenaza velada en sus movimientos.

—Tengo que hacerlo, le hizo daño a mi compañera, mi lobo está volviéndome loco porque quiere su

sangre.

Stone suspiró. Los lobos eran unos inconscientes que se dejaban llevar la mayoría de las veces por sus instintos, por los sentimientos que acallaban la razón. Por suerte, él no era un aullador de la luna, o como le gustaban llamar los suyos a los lobos, “los olisqueadores de culos”, aunque esto último nunca se lo confesaría a Bruce, ni bajo amenaza de

muerte.

Se acercó hasta su amigo y le puso una mano sobre el hombro, apretándoselo, antes de decirle:

—Pues calma a tu lobo, Bruce, porque no puedes matarlo. Recuerda que los cambiantes serpientes están protegidos, apenas quedan unos cientos de ellos en el mundo y por orden de los gobernantes de las razas inmortales, no

se pueden matar a no ser que pesen sobre ellos una condena del propio Consejo.

—¿Protegidos? —ironizó Bruce, haciendo un gesto hacia la gran serpiente que seguía frente a ellos, observándolos con atención, moviéndose de un lado a otro como si estuviera en trance—. ¿Pero estás viendo lo que estoy viendo yo? ¿Crees que esa cosa necesita

protección?

Stone se giró y miró hacia el cambiante serpiente, lo observó con atención maravillándose ante su intenso color azul noche que brillaba bajo la luz de la luna.

—No, no lo necesita, pero las leyes están para cumplirlas y tú más que nadie deberías saberlo. Así que calma a tu lobo y en lugar de centrarte en la

venganza, cuida a tu compañera.

Necesita atención médica cuando antes.

Bruce gruñó a su amigo. Odiaba cuando le mostraba que se estaba equivocando o que lo que tenía en mente no era lo más apropiado. Era su puto Pepito Grillo de casi dos metros de altura y de más de cien quilos.

Aún así, y por más que su lobo le arañó por dentro deseando tomar el

control del cuerpo, se alejó de la serpiente para...

—¡Doc! —gritó cuando vio horrorizado que su compañera estaba desmayada sobre un charco de sangre.

Bruce corrió hacia ella, sin cambiar de aspecto, permitiendo a su lobo gemir dentro de él, lamentarse a gritos por no haberse percatado que su mujer destinada estaba tendida en el

suelo, desmayada.

Se arrodilló a su lado y la tomó en brazos, suspirando al notar los latidos de su corazón. Observó con atención su rostro y volvió a sentir el deseo de desgarrarle la garganta a la serpiente al ver que tenía los labios hinchados, partidos, la nariz inflamada y sangrando.

Levantó la cabeza, cerró los ojos y aulló de puro dolor.

No había conseguido proteger a su compañera cuando le juró que lo haría, que nada malo le pasaría.

El ver al famoso Asesino *LastShadow* romperse de dolor fue un espectáculo abrumador que dejó a los presentes en silencio.

Un silencio que rompió Stone

cuando le indicó a la serpiente, mirándole directamente a los ojos:

—Te aconsejo que te largues de aquí o Bruce acabará matándote. No vuelvas a aparecer delante de él, un lobo no olvida una ofensa por mucho que pase el tiempo.

Stone se quedó sin palabra, maravillado al presenciar el cambio del macho que tenía ante él. Esto, no era

para nada lo que esperaba ni lo que era las transformaciones de los cambiantes con los que entrenaba y trabajaba en la sección de Asesinos del Consejo. No hubo crujidos, ni gemidos, ni movimientos convulsivos... Solo un haz intenso de luz que envolvió a la serpiente para luego expandirse y cuando se apagó mostrar al hombre que...

—No... no puedes ser tú...

Al hombre que se desmayó delante de él, golpeándose la cabeza contra el suelo.

Stone se quedó sin habla de nuevo. A ese macho tendrían que llamarle “el milagroso” porque hasta sus padres bromeaban que se arrepentían del momento en que le enseñaron a hablar pues desde ese día no paraba ni

bajo el agua; y la serpiente conseguía dejarlo sin palabra dos veces en una noche.

—Perfecto... —murmuró al ver el panorama que tenía ante él. A su espalda su amigo seguía lloriqueando como un perro al que le quitaron su hueso favorito, sin ver que lo que tendría que estar haciendo era acudir a las tierras de la manada y buscar un sanador...; y

delante de él, la gran serpiente que acojonaba a cualquiera se había desmayado como una damisela en peligro ante él, tras pronunciar las palabras más extrañas de la noche.

¿Y ahora qué podía hacer?

Recoger la mierda como siempre le tocaba y arreglar los problemas para que esto no trascendiera al Consejo.

Stone se golpeó la frente con una

mano maldiciendo a todos. A los agentes de policía que estaban en una esquina intentando mimetizarse con el coche para que nadie se percatara de ellos, a su loco amigo que vaya manera de reclamar a su compañera y a la serpiente que se transformó en el monstruo de las galletas... bueno, en ese no, pero vamos que se transformó en un mini dragón escupe fuego sin patas con cara de mala

leche y...

¡A nadie se le ocurrió crear una barrera de ilusión alrededor de ellos para que los mortales no vieran lo que allí aconteció!

Perfecto. Estaba rodeado de una panda de gilipollas. Por suerte, él sí expandió una barrera protectora antes de que todo explotara a su alrededor, aunque se temía que algún humano vio

corretear por la ciudad al lobo feroz o al nudista cambiante serpiente cargando a la mujer.

—Vosotros dos, nos vais a llevar en coche hasta las puertas del territorio de los lobos —ordenó a los policías quienes saltaron en el sitio. Stone gruñó ante esos dos gatitos asustadizos. Coño, que poca sangre tenían, no le extrañaba que estuvieran en la sección de

Infiltración en el mundo humano—.
¡Ahora! —bramó al ver que no se movían. Tras su grito estos se pusieron en marcha, abriendo las puertas del coche, para sentarse en los asientos del conductor y del acompañante, dejando libres los asientos traseros.

Se acercó hasta el bello desmayado y...

«¿Bello? ¿Cómo que bello?

¡Coño, en qué estoy pensando ahora!», exclamó Stone, paralizado en el sitio con el brazo extendido a punto de levantar del suelo a la serpiente.

¿Quién se quedó sin palabra por tercera vez en la noche?

Acertasteis.

Sí, él.

—En el coche no entráis todos, si tienes pensado llevar a ese hombre —la

voz de uno de los tigres lo sacó de sus bulliciosos pensamientos. Por suerte, porque Stone estaba a un paso de maldecirse por pensar que la serpiente era atractivo físicamente, con un cuerpo hermoso, con largos cabellos color plata, un cuerpo atlético de una tonalidad muy blanca y...

«¡Mierda! ¡Joder! ¡Coño! No vayas por ahí, Stone, no vayas por ahí.

Este hombre es un problema, tanto porque Bruce lo puede matar si encuentra la oportunidad como porque es capaz de convertirse en una máquina de matar con el veneno más letal del mundo».

—¿Me ha escuchado? Ese hombre no entra en...

—¡Ya te escuché la primera vez, imbécil! —gritó Stone fulminando al

policía que estaba tras el volante del conductor—. Lo llevaré yo mismo al territorio de los lobos, os seguiré de cerca. Bruce, —este se giró y encontró su mirada. Se veía devastado, con la culpa royéndole las entrañas—, ella se pondrá bien, solo se ha desmayado por todo lo que le ha pasado esta noche. En nada estaremos celebrando vuestra unión. —Le sonrió buscando que el otro

reaccionara. No lo hizo.

«Bastardo, cabezón», masculló para sus adentros Stone conociéndole muy bien. El lobo se sentía culpable y solo la mujer lo sacaría de ese mundo de rabia y dolor en el que se sumergió de cabeza.

—Eso espero, Stone, no puedo vivir sin ella —murmuró Bruce, abrazando con calidez a su compañera,

antes de avanzar hacia el coche. No podría vivir si ella lo rechazaba, no cuando llevaba tantos siglos deseando encontrar a su otra mitad, a la mujer que iluminaría su vida hasta el día en que la muerte lo reclamara.

—Ella te aceptará, Bruce, lo sabes. Estas uniones mágicas no se producirían si el destino no tuviese claro que sois el uno para el otro.

Bruce la sentó en el coche con cuidado antes de montar él tras regresar a su forma humana pues de otro modo no habría sido posible acompañarla en los asientos traseros. Una vez que se sentó, la colocó de nuevo en sus rodillas, abrazándola con posesividad. Era incapaz de dejar de tocarla, de preocuparse por su estado, de maldecirse por no haber estado atento a

ella en lugar de buscar venganza contra la serpiente. Su compañera era lo más importante, lo primero en que tendría que haber pensado, y más cuando esa noche le declaró que era suya y le juró que nada malo le iba a pasar.

La apretó contra el pecho. Cerró los ojos y rezó para que no le odiara, para que todo lo que sucedió esa noche no la alejara definitivamente de su lado.

Desde el instante en que entró en el despacho y la vio, supo que estaba perdido, que ella era lo que por tanto tiempo estaba esperando. Por desgracia, él era bueno matando, cazando, eliminando a los enemigos de su padre, no... conquistando. No supo cómo abordar el tema con ella, como decirle que por algo que ella no podría sentir estaban unidos para siempre, que tanto

su lobo como él eran sus esclavos dispuestos a hacerla inmensamente feliz y que una palabra suya lo conduciría al cielo o al infierno.

«No debimos esperar tanto», se lamentó, escuchando a su lobo quien le daba la razón. Al menos esa noche, en algo estaban de acuerdo.

—Eso espero, Stone, eso espero
—acabó respondiendo tras unos minutos

en silencio, apretando los dientes al ver que su amigo recogía del suelo a la maldita serpiente. Comprendía y agradecía que su peculiar Pepito Grillo le hubiese detenido de acabar con el macho cambiante, los de su clase eran escasos y muy valiosos por sus extraños dones. Pero por otro lado... no olvidaría lo que hizo y si el muy cabrón se ponía delante de él, lo mataría sin

miramientos. Aceptaría gustoso el castigo que le impusiera su padre por acabar con ese bastardo.

—¿Cómo hará para seguirnos? — preguntó el policía que estaba en el asiento del acompañante.

Bruce le miró a través de la rejilla de seguridad. Cerró la puerta de un portazo y le contestó de malas maneras:

—No os preocupéis por eso, él no

perderá de vista este coche. Ahora, arranca de una puta vez. ¡Mi compañera necesita un sanador!

No hicieron falta más palabras. El agente arrancó el coche y se puso en marcha, derrapando al girar para ir en dirección hacia el territorio de las manadas, una gran extensión de terreno en el que residían los lobos a las afueras de la ciudad.

Simon jadeó al ver por el espejo retrovisor izquierdo como el otro Asesino extendió dos alas antes de remontar el vuelo, adentrándose en la oscuridad del cielo.

—Es una...

—Gárgola, sí —acabó la frase Bruce, alertando a los dos policías, quienes miraron por los espejos hacia atrás—. Mira hacia la carretera, no lo

veréis si está en el cielo, es capaz de proyectar una ilusión para que nadie lo distinga mientras está en vuelo.

—Vaya noche, una serpiente y ahora una gárgola... —masculló entre dientes Jeremy, al tiempo en que abría su ventanilla para que entrara algo de aire en el coche.

La noche no podía ir a peor. Bueno sí, todavía les quedaba el informe

a su superior en la Comisaría, sobre todo porque habían abandonado su puesto para ir... ¿a dónde? ¿Qué le iban a decir?

Maldición... había noches que lo mejor era no haber salido de la cama.

CAPÍTULO CINCO



—No podéis pasar.

El guardia de seguridad de la entrada a la finca los detuvo apuntándolos con una escopeta de gran

calibre, adaptada para producir el mayor daño posible a los inmortales. No llegaba a matarlos pero les haría daño y ralentizarían sus movimientos dejándolos a merced de los miembros de seguridad que custodiaban el perímetro del territorio de la manada.

Antes de que cualquiera de los dos tigres respondiera, Bruce abrió la puerta del coche de una patada y salió,

enfrentándose a la mirada sorprendida y curiosa del guardia de seguridad. Al estar en contra del viento no había captado su aroma sino no habría detenido el coche de esa manera.

—¿Usted? —murmuró el guardia, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua—. No lo esperábamos esta noche, señor. Espere que le abro las puertas y...

Bruce no le dejó terminar, directamente saltó sobre el capó del coche y de ahí se lanzó hacia la valla de seguridad, pasándola por encima, aterrizando al otro lado sin dificultad.

—Bueno... —Simon atrajo la atención del guardia de seguridad—. Nosotros ya nos vamos, aún estamos de servicio y...

Se quedó con la palabra en la

boca pues el lobo dio media vuelta y entró en la garita de seguridad.

—Vaya mierda de noche —
masculó Simon, dando marcha atrás al
coche para regresar a la ciudad.

—Y que lo digas —murmuró el
otro, mientras contemplaba los muros
que rodeaban los terrenos de los lobos
desde el espejo retrovisor derecho,
alejarse poco a poco, hasta ser un punto

en la oscuridad.

Para que luego digan que trabajar en la sección de Infiltración en el mundo humano no era apasionante...

Corrió por los terrenos que rodeaban al pueblo que lo vio nacer a toda velocidad. No se detuvo a saludar a los lobos que se cruzó en su camino. No

había tiempo que perder, no cuando su compañera le necesitaba.

En cuanto llegó al centro del pueblo, muchos ya sabían que estaba ahí, pues su aroma era inconfundible. Avanzó por la calle principal que no era más que una explanada de asfalto entre las casas de los negocios familiares de los lobos que decidieron quedarse a vivir y a trabajar en aquellas tierras;

pues las viviendas de las familias se extendían a las afueras del pueblo, a lo largo de la gran extensión de terreno. Los lobos ante todo querían intimidad y naturaleza para poder calmar a la bestia que habitaba en su interior.

Sin perder tiempo, corrió hacia el hospital, situado al final de la calle muy cerca del edificio comunitario donde su hermano pequeño trabajaba como alfa

de la manada al no residir su padre entre ellos si no en el refugio del Consejo.

El Rey de las manadas por más que quisiera vivir en la manada que lo vio crecer no podía abandonar su puesto, viajando cada poco tiempo de una manada a otra para escuchar sus problemas y resolverlos o bien pacíficamente o a la fuerza.

Antes de que llegara a entrar por

las puertas del hospital, escuchó el fuerte aleteo de las alas de Stone, amortiguar su aterrizaje. Desde que lo conoció verlo volar fue algo que siempre le envidió. Poder surcar los aires con la libertad de un pájaro, sin ser visto, convirtiéndose en un Asesino feroz que te atrapaba cuando menos te lo esperabas.

—¿No irás a entrar con ese hijo

de puta aquí? —le gruñó al ver que aún llevaba en brazos a la serpiente. Si fuera por él, lo habría dejado caer desde lo alto...

—Necesita también atención médica, tiene varios cortes por todo el cuerpo y contusiones —declaró con sencillez Stone sin hacer caso a los gruñidos de su amigo. Él nunca iba a retroceder ante el lobo, se habían criado

juntos, entrenaron juntos y aún seguían haciéndolo, llevaban siglos siendo amigos y por más que le jodiese al otro lo veía como un hermano pequeño al que mandar a tomar por culo cuando viese que hacía algo mal o no llevaba la razón.

—Lo que ese necesita es sentir mis garras en su...

Stone negó con la cabeza, al

tiempo en que le recordaba a su amigo:

—El tiempo vuela, Bruce, así que no lo pierdas con amenazas que sabes que no podrás cumplir. Me aseguraré que no se cruce en tu camino. Avísame cuando es la boda, amigo mío. —Los dos entraron en el hospital, siendo detenidos por enfermeras que nada más ver a los heridos comenzaron a vociferar llamando a los técnicos de

guardia.

La tensión que sentía al tener cerca al macho serpiente se diluyó cuando vio como Stone tomaba otro camino muy diferente al suyo. Él acabó en la primera planta mientras que los otros dos se quedaron en la planta baja, que estaba más cerca de los quirófanos.

—Por aquí, señor —le indicó la enfermera que lo interceptó a la entrada

de hospital. Le mostró la puerta de la habitación que se reservaba a la familia del alfa de la manada—. En breve llegará el sanador para atenderla.

Se fue a toda prisa, dejándolos solo. Bruce aprovechó para entrar a la habitación y caminar hasta la camilla donde depositó a su compañera. Verla sobre las blanquecinas sábanas remarcó más las heridas que tenía, retorciéndole

las culpas a su corazón.

—Nuestra compañera, la única dueña de nuestro destino —murmuró mientras le acariciaba la dolorida e inflamada mejilla. Alejó la mano cuando escuchó el quejido de dolor brotar entre los magullados labios de ella.

El lobo gimoteó, arañándole por dentro, sintiéndose impotente al verla tumbada inerte en la camilla. Quería

tumbarse a su lado, lamerle la cara hasta que despertara y poder perderse en sus ojos.

Se separó de la camilla en cuanto percibió el aroma masculino de otro lobo. Se acercaban más lobos tras este y uno de ellos era...

—¡Bruce! ¿Cómo es que estás aquí? ¿No tenías que estar en la ciudad atendiendo a...?

Este se posicionó frente a la camilla, ocultando a su compañera a los nuevos visitantes, identificándolos a todos en cuanto entraban en la amplia habitación blanca del hospital.

—Hermano. —Asintió con la cabeza en señal de respeto, pese a que era su hermano pequeño, dejando claro que lo reconocía como alfa de la manada a la que acudió en busca de

ayuda—. Te estoy agradecido por acogerme, necesito ayuda de vuestro sanador. —Se echó a un lado para que pudieran ver el tesoro que yacía en la camilla—. Ella es mi doctora y también mi... compañera.

Su hermano mostró sorpresa, pero apenas duró unos segundos. Un alfa debía mantener la tranquilidad en todo momento pese a que todo a su alrededor

se derrumbara. La manada tenía que ver que mantenía el control sobre su entorno pero sobre todo, sobre sí mismo, para poder confiar en él, para respetarle como alfa.

—¿Tu compañera? —repitió

Thomas Erwan observó con atención a su hermano mayor, sin poder articular palabra. Al final de unos minutos en silencio en los que nadie se atrevía a

intervenir, ni sus dos guardaespaldas que siempre le acompañaban por su propia seguridad, ni la enfermera y la doctora que acudieron para atender a la mujer malherida que trajo su hermano al hospital; acabó preguntándole—: ¿Lo sabe nuestro padre?

—No —contestó llanamente

Bruce, una respuesta que ya se esperaba Thomas, pues de saberlo, tanto padre

como madre estarían gritando contra el mundo y el destino por imponerles una nueva humana que... haría que la fuerte sangre de cambiante lobo se diluyera al mezclarse con sangre mortal.

—Cuando lo sepa estarás en problemas, lo sabes ¿no?

Bruce se encogió de hombros y no cortó la mirada a su hermano.

—Si no la aceptan como mi

compañera, me iré.

Ahora sí que Thomas estuvo a punto de dar un traspie por la impresión.

—¿Cómo que te irás? ¿No puedes dejar tú puesto de heredero así como así y...?

—Sabes que el juramento hacia una compañera es más sagrado que cualquier puesto en política. Si padre no la acepta, me iré lejos. Madre aún es

fértil, que se encargue de darle otro heredero.

Thomas avanzó hacia la camilla, colocándose frente a su hermano sin invadir el espacio personal de la compañera de este.

—No estarán contentos con esto.

—Lo sé.

Thomas paseó su mirada desde la mujer hasta su hermano. Podía ver la

preocupación en el rostro de este, su dolor por no ser capaz de hacer nada más que esperar a que ella fuera atendida por el sanador de pueblo.

—No puedo olerte en ella, ¿por qué aún no os habéis unido? —le acabó preguntando al no percibir el aroma de marcaje en la piel de la mujer.

Era extraño que su hermano no la hubiera marcado como suya antes de

traerla a un poblado llena de lobos machos. Un lobo podía volverse agresivo al ver a su hembra rodeada de posibles rivales, por mucho que su parte humana quisiera razonar que nadie se iba a interponer en una relación mágica pues solo existía un compañero de por vida. Era una unión a la que no se podía engañar. Eras o no compañeros, así de simple y nadie en su juicio se

interpondría entre un lobo y su mujer. Pero más que sabían esto, no podían negar la sensación de peligro y de posesividad que sentían cuando había machos cerca de su hembra.

—Esta noche le he confesado que somos compañeros —comentó Bruce, observando a su hermosa mujer. Odiaba que hubiera tantos machos en el cuarto pero podía controlarse, no era un

cachorro que se volviera loco al oler tanta testosterona a su alrededor.

—¿Pero no llevas tratándote con ella casi tres meses?

—Sí —asintió Bruce, cruzándose de brazos, imitando la postura de su hermano. Este notó el cambio en la actitud del otro y relajó su cuerpo, para que viera que no era un peligro. Thomas conocía la reputación que seguía a su

hermano, tanto como heredero del Rey de las manadas como Asesino del Consejo. No era un lobo al que podías darle la espalda cuando te enfrentabas a él, a no ser que quisieras irte al otro barrio antes de tiempo.

—¿Pero...?

—Thomas, ¿no será mejor dejar las preguntas para luego y permitir ahora que la atienda nuestra sanadora? —

intervino uno de los guardaespaldas del alfa, quien se adelantó un paso para que su jefe lo notara, sin llegar a invadir el espacio personal que rodeaba a los dos hijos del Rey.

—Sí, será lo mejor. Bruce, este es nuestra nueva sanadora, llegó hace un año y te puedo asegurar que sus credenciales y experiencia son dignas de elogio y...

—Puede tratarla sin problemas, hermano. No me opongo a que la sanadora sea una mujer, recuerda que vivo fuera de la manada, me han herido incontables veces y he sido curado tanto por sanadores como por sanadoras, sé de lo que son capaces las mujeres que se dedican a esta profesión.

Thomas soltó el aire que contuvo durante unos segundos cuando vio como

su hermano miraba a la sanadora, por suerte sus palabras relajaron a todos. Muchos lobos aún hoy en día se negaban a ser tratados cuando se encontraban con una mujer, según ellos, las mujeres solo debían estar en las guaridas criando a los cachorros y no dedicarse a los oficios que eran de siempre de los hombres.

—Es bueno ver que no eres un

machista de mierda que...

—¡Lucille! —bramó Thomas, impresionado por la audacia de su sanadora.

Esa mujer le estaba volviendo loco. ¿Acaso no podía aprender a contener su lengua? No podía ir por ahí gritándole a la cara a todo macho que viera que eran unos machistas y que las mujeres debían comenzar a quemar más

sujetadores y romper las ataduras de la sociedad. Comprendía que por ser mujer llegar a convertirse en sanadora le resultó complicado pero de ahí a insultar a todo macho que viera, había un paso muy grande que como alfa no podía permitir. Si hasta le tuvo que poner un guardia las veinticuatro horas para que la mantuviera a salvo de los lobos que se negaban ser tratados por

ella y que fueron insultados sin miramientos por la joven loba.

Su madre siempre se reía de él cuando le hablaba de esta loba. La pregunta, ¿por qué la mantienes en la manada si tantos problemas te da? Siempre surgía varias veces, y la verdad es que no tenía una respuesta que darle.

¿Por pena? ¿Por qué sabía que si era expulsada otra manada no le daría

refugio? ¿Por qué realmente era buena sobre todo con los cachorros de la manada? ¿Por qué hacía que su vida fuera una constante aventura desde que llegó del norte?

«¿Y no es tu compañera? Te altera demasiado, pequeño», le preguntó más de una vez su madre.

Pero ahí sí que tenía una respuesta clara. No, no lo era, no olía en ella el

reconocimiento de que era la mujer de su vida, la que el destino le impuso. A decir verdad... la joven no olía a nada y eso le intrigaba. ¿Cómo era posible que siendo una loba fuera capaz de ocultar tan bien su aroma? ¿Qué no oliera a tierra y a bosque como lo hacía la mayoría de ellos?

Era un misterio que esperaba un día hallar respuesta, mientras tanto era

necesario que se centrara en mantener la paz en su manada, sobre todo desde que una facción de jóvenes lobos se mostraban agresivos y nerviosos, protestaban airadamente a varias de sus reformas que para su opinión eran arcaicas y pasadas de moda.

Como el derecho de la mujer a experimentar los placeres de la carne cuando llegaban a la edad reproductiva.

No era posible que las hembras que entraran en celo se tuvieran que encerrar en las cuevas al norte del terreno para no caer en la tentación de yacer con un macho. Según lo que escuchó, pasar el celo sin sucumbir al deseo era doloroso, un trance que las hembras de su manada pasaban solas hasta que encontraban a su compañero predestinado para toda la vida.

Cambiar esa norma le llevó años y muchas quejas de los más mayores, y sorprendentemente también de varios de los jóvenes de la manada. Pero por más que protestaron acabó imponiendo su orden, granjeándose la lealtad de las hembras de su clan que desde ese día lo idolatraban y lo trataban como el alfa que llevaban siglos rezando por que llegara.

—¡Qué! —exclamó la loba sacando a Thomas de sus recuerdos. Ella le miraba a los ojos con fijeza, sin dejarse amilantar—. Esta vez no he dicho nada ofensivo.

—¿No? ¿De verdad? —se burló el alfa, negando con la cabeza sin dejar de observar a la deslenguada joven—. ¿Decir que todos los machos son unos machistas no es ofensivo? —preguntó a

su vez, sonriendo internamente al ver el cambio en el rostro de ella.

Era muy expresiva, demasiado para su propio bien. Pudo ver con claridad como sus ojos pasaron de la calma a la furia en apenas unos segundos, transformándola de una cachorrita a una loba feroz capaz de enfrentarse a quien se pusiera delante de ella. Era consciente que muchos machos

de la manada veían con malos ojos la permisividad que tenía con esa joven, ellos no aceptaban que le permitiera a la loba hablarle de esa manera o mostrar su verdadero carácter. Pero la sola idea de verla silenciosa en todo momento, mordiéndose la lengua cada vez que fuera a hablar, marchitarse poco a poco por no poder ser ella misma... le producía unas ganas de gruñir y

zarandearla para que volviera a ser la bulliciosa, problemática y única hembra; la cual le volvía loco y conseguía que sonriera cada vez que la mirase o discutiese con ella.

Ella se encogió de hombros y tuvo la desfachatez de responder:

—No, no lo es. En todo caso, sería la pura verdad.

Antes de que Thomas llegara a

contestarle, Bruce intervino recordándoles a todos el motivo de que se hallaran en una de las habitaciones del hospital de la manada.

—¿Podéis esperar a luego a tener más peleas conyugales?

—¡No es una pelea conyugal! — exclamaron al mismo tiempo tanto Thomas como Lucille, mirándose a continuación con sorpresa por haber

coincido en sus palabras.

—Como digáis, si os soy sincero me importa una mierda en estos momentos si sois pareja o no, solo quiero que cures a mi compañera — confesó con rotundidad Bruce, posando sus ojos sobre la loba, quien tuvo la delicadeza de sonrojarse por la vergüenza al no haber atendido aún a la herida. Como sanadora sus pacientes

eran lo primero.

—Tienes razón, señor. Me disculpo por mi tardanza en atender a su compañera. —Caminó hasta la camilla y esperó a que el lobo le diera permiso para tocar a la mujer malherida. Era una tradición que como sanadora mantenía por el bien de todos, para evitar que la atacaran sobre todo si alguna hembra creía que tocaba a su compañero de otra

manera que no fuera profesional.

Bruce asintió con la cabeza al tiempo en que le indicaba:

—Puedes tratarla, sanadora.

Tienes mi permiso para tocarla.

Tras esto, Lucille entró en modo profesional y se olvidó del mundo que la rodeaba centrándose únicamente en la paciente.

Con cada gemido y quejido de su

compañera, Bruce se tensaba y luchaba contra las ganas de gruñir. Hasta que no la marcara no estaría tranquilo, sobre todo con tantos machos en el cuarto, y tras hacerla suya en cuerpo y alma... estaba seguro que nunca podría vivir tranquilo por temor a que ella lo abandonara u otro macho la atrapase en sus redes.

¿Quién le iba a decir que al final

acabaría atrapado en una relación que se convertiría en su mayor debilidad?, pues sin ella no podría seguir viviendo, no tras saborear sus labios, tras intoxicarse con su dulce aroma de deseo, tras perderse en sus ojos y rozar su corazón.

Si ella le dejaba o la perdía viviría como un autómatas, centrándose en la lucha, buscando en cada batalla que su enemigo acabara con su

miserable existencia. La sangre sería lo único que alteraría su corazón, llamando al lobo a acabar con los enemigos que se cruzaran en su camino.

La loba siguió pasando sus manos por encima del cuerpo de su compañera, deteniéndose unos segundos allá donde hubiera un daño que precisaba su don. Pocos lobos eran los que podían desarrollar el don de la sanación mágica

y los que tenían una predisposición a esta cualidad acababan acudiendo al mundo humano a estudiar medicina para poder convertirse en un sanador oficial para una manada.

Ver que su hermano había contratado a una mujer le sorprendía. Hacía décadas que no veía a su hermano y en este tiempo comprobó que poco quedaba del muchacho que tomó el

control de la manada con temor y dudas.

Le echó un vistazo de reojo y asintió conforme con lo que vio.

Thomas exudaba confianza y fuerza, rasgos necesarios para un alfa. Revisó a los dos lobos silenciosos que permanecían muy cerca de su hermano. Lealtad. Era lo que transmitían con sus gestos, con la actitud protectora que poseían con el alfa.

Al ver esto agradecía la decisión que tomó cuando se negó a tomar el control de la manada de nacimiento de su padre. Él no quería gobernar un pedazo de tierra, aguantar a diario los problemas de la manada o poner a prueba su tolerancia y paciencia ante las muestras de desafío de quienes no estuviesen de acuerdo con sus órdenes.

No era como su padre ni como su

hermano. Si alguien le tocaba mucho los cojones su primer pensamiento era arrancarle la cabeza y así terminar con el problema.

Por este motivo, y por mucho que su padre protestó recordándole que él era el primogénito y por tanto el heredero; se negó a aceptar el cargo de alfa de la manada, mandando a tomar por culo a su progenitor.

Ahora veía que la decisión que tomó fue la correcta. Su destino no estaba atado a una manada, su vida era acabar con los enemigos de su padre, del Consejo y... desde que miró a los ojos a la psiquiatra humana a la que le mandaron a la fuerza... su nuevo destino era hacerla feliz cada día, sin importar que el mundo estallara o se fuera a la mierda a su alrededor.

No pudo contenerse por más tiempo y acabó preguntando, atrayendo la atención de todos pero sobre todo de la sanadora, sobre él:

—¿Cómo está?

La loba dejó de tocar a su compañera y se reincorporó, estirando la espalda antes de mirarle a los ojos para contestarle:

—Está bien, no tiene nada grave.

Solo unas pocas contusiones, algunos cortes que ya he cauterizado y mucho estrés. Lo mejor que puedes hacer por ella es dejarla descansar, que duerma todo lo que necesite y cuando despierte la examinaré de nuevo para ver su evolución. Los humanos no son como nosotros y hay que tener cuidado con ellos. —Su tono indicaba que pese a que no creía que fue él quien ocasionó las

heridas que mostraba la joven, sí que tenía culpa por no haberla protegido cómo debía hacerlo, como era su deber como su compañero.

Thomas al ver la expresión de su hermano supo que esta vez Lucille se había pasado y podía estar en un problema. Nunca debías interponerte entre un compañero y su compañera y mucho menos echarle en cara a un

macho que no trataba bien a su hembra o que si a ella le había sucedido algo era culpa de él. El lobo que cada uno de ellos poseía en su interior y que era su mitad, parte de su cuerpo, de su corazón, de su mente y su alma... podía tomarlo como un desafío y acabaría atacando con la intención de destruir a quien se atreviese a socavar su autoridad como compañero.

Antes de que su hermano explotara contra la loba, Thomas intervino, ordenándole:

—Lucille, ¡vete!

La muy testaruda se cruzó de brazos y se negó a moverse, pese a que su loba interior le gritaba que corriera ante la orden de su alfa.

—¿Por qué? Estoy en mí puesto de trabajo y...

Bruce se movió velozmente por el cuarto, interponiéndose entre su hermano y la loba. Su cuerpo estaba tenso y su lobo estaba muy cerca de salir a la superficie, mostrando rasgos lupinos como unas afiladas y peligrosas garras y un creciente aumento de pelo a lo largo de su cuerpo, además del cambio en sus ojos que era el más evidente.

—¡Fuera! —gruñó este

mostrándole los dientes a la sanadora, sonriendo abiertamente al ver como esta huía del cuarto azotando con la puerta cuando salió.

Thomas luchó contra las ganas de arrancarle la cabeza a su hermano por haber asustado de esta manera a su sanadora. Su lobo interior quería revelarse y mostrarle al otro macho que nadie se metía con su...

Apretó los dientes para no soltar lo que estaba pensando en esos momentos. Lucille no le era nada, solo la sanadora de su manada. Por más que le volviera loco no captaba en ella el aroma de marcaje, que le indicara que era su compañera, la única que poseería su corazón para siempre. Pero a pesar de ser solo una loba más de su manada, algo en ella lo alteraba, lo atraía y le

provocaba ganas de protegerla, de darle la libertad como un miembro valioso de la comunidad que ella reclamaba. Y Bruce...

—No tenías que asustarla de esa manera, hermano —le recriminó finalmente, cuando este se giró para hablar con él.

—Pues dile a tu loba que se muerda la lengua cuando quiera echarme

en cara que no trato bien a mi compañera.

Conocía muy bien a Bruce. Él tenía que haber sido el alfa de la manada, pero les sorprendió tanto a su padre como a él cuando rechazó el puesto, alegando que no tenía paciencia ni ganas para soportar los problemas de los demás, que él solo quería luchar por el Consejo y por el Reino de su padre,

eliminando a los enemigos que le señalasen.

Tenía claro que su hermano nunca le haría daño... a no ser que pusiera en peligro a su compañera, quien se convirtió en su tesoro y en su mayor debilidad. Lo admiraba. Desde que era un cachorro lo seguía a todas partes admirando su fuerza, su coraje, la valentía con la que se enfrentaba al

mundo y como le daba igual que le recriminaran por no seguir las normas o los dictados de sus padres. Era un rebelde, un lobo solitario que buscaba su lugar en el mundo, que defendía a su hermano pequeño aunque este le siguiera como una maldita garrapata a todos lados.

Aún podía vislumbrar en sus fríos ojos a ese lobo que lo protegía, que le

enseñó a luchar, que se quejaba de él porque era un cachorro pesado que no le dejaba ni a sol ni a sombra... Pero no iba a olvidar que ante todo era el heredero al trono del Reino de los lobos, que era un asesino brutal y eficaz que conseguía todo lo que se proponía, cayera quien cayera.

—Hablaré con Lucille, no volverá a menospreciar tu unión con tu

compañera —concedió tras pasar unos minutos en silencio, evaluando al otro lobo, examinándole con atención, percibiendo su cansancio, los golpes que comenzaban a curarse.

Bruce asintió con la cabeza, mostrándole respeto ante sus hombres, ante los lobos a los que consideraba sus mejores amigos y quienes vigilaban su espalda y se encargaban de varios temas

de la manada, liberándole de trabajo.

—Gracias, hermano. Mi compañera y yo nos quedaremos hasta que ella se recupere luego...

—Te recomiendo que llames a nuestros padres cuanto antes. Te han visto en el pueblo, y sabes que las noticias corren velozmente entre manadas. Madre se enfadará si se entera por alguien que no seas tú que estás

emparejado.

Bruce se encogió de hombros. No tenía intención de llamar a sus padres. No al menos hasta que su mujer aceptara que estaba enlazada con él más allá de que la muerte los separara. El marcaje entre compañeros era una unión sagrada que enlazaba las almas, en esta vida y en la siguiente. Además, poco le importaba que su madre se enfadara por no haber

sido informada “la primera” o que su padre se disgustara porque había elegido a una humana como compañera.

Su doctora era suya para siempre y en cuanto descansara se lo iba a demostrar. Su lobo gruñó de impaciencia dentro de él.

«Marcar. Tenemos que marcarla. Hacerla nuestra. Necesito que me conozca, que escuche mi voz. Que nos

accepte».

«Lo hará. El destino no puede ser cruel con las uniones, no nos enviaría a ella si no fuera nuestra elegida, quien aceptaría el camino que nos deparaba el futuro».

Ninguno de los dos respondió al otro. No podían aceptar ninguna otra opción. Si ella los rechazaba, buscarían la muerte en batalla.

Esperó a que los otros lobos abandonaran el cuarto, para caminar hasta la camilla y sentarse en ella, tomando de la mano a su mujer.

—No te lo pondremos fácil, preciosa. Lucharemos para que nos aceptes. —Le acarició con dulzura la mejilla, gruñendo en tono bajo y grave ante la belleza de su compañera, ante su dulce aroma, ante lo afortunado que se

sentía al haberla encontrado—. Después de todo, te amamos desde que nos mandaste a la mierda el primer día de sesión porque nos negamos a responderte... Si supieras que fue porque estaba luchando contra las intensas ganas de follarte sobre la mesa... —Se rio en alto. Tenían mucho de lo que hablar—. Y lo haremos... Después de todo, tenemos una eternidad

para conocernos... —«Para
enamorararnos más cada día de ti».

CAPÍTULO SEIS



—Uff, me meo.

—Espera que te ayudo, aún estás débil y tienes que seguir en cama.

«Tierra, trágame», pensó Alice, abriendo los ojos de golpe e incorporándose de la cama. Reconocía esa voz... la atormentaba cada noche, cada día y...

—¡Ah! —gritó cuando se encontró cara a cara con su paciente. Todo lo acontecido ayer noche pasó velozmente por su mente, rememorando hasta el último instante... Provocando que su

rostro enrojeciera y las ganas de ir al baño se cortaran de golpe. Ahora lo único que quería era que se abriera la tierra y la tragara, literal y metafóricamente.

—Buenos días, preciosa. Vamos te ayudo a ir al baño y...

Alice le golpeó la mano al ver que le estaba retirando la fina sábana que la cubría al tiempo en que le gritó:

—¡No! ¡Déjame!

Bruce entrecerró los ojos. Aquel no era el despertar que esperaba de su compañera.

No descansó nada. Estuvo todo el rato sentado en la camilla observándola, devorándola con los ojos, memorizando la belleza de su mujer. Esperaba que cuando abriera los ojos le devolviera la sonrisa y se lanzara a sus brazos,

comenzando un beso que llevaría a marcarla sobre la cama del hospital...

Pero nada fue cómo esperaba. Ni ella se despertó sonriendo, ni le abrazaba o le mostraba intenciones de lanzarse a sus brazos, más bien parecía que estaba a un paso de tirarse al suelo con tal de alejarse de su lado.

—¿Se te ha ido las ganas de ir al baño tras horas acostada descansando y

sin ir? —ironizó Bruce, cruzándose de brazos. ¿Por qué demonios no podía darle el destino un respiro y ponerle las cosas fáciles?

—Es así. Ahora vete y... —Alice miró a su alrededor con nerviosismo. Tenerle tan cerca de ella, la alteraba. Y después de todo lo que le había sucedido la noche anterior lo que menos quería era estar a solas con él en un

cuarto, aunque este fuera de un...—
¿Estamos en un hospital? ¿A dónde me
has traído? ¡Secuestrador!

Bruce no pudo contener la
maldición que brotó de sus furiosos
labios en cuanto escuchó las sandeces
que soltó su compañera.

—¿Secuestrador? —repitió con
furia, mientras se levantaba de la cama y
se quedaba cerca pero sin estar sentado

en ella. Abrió y cerró las manos un par de veces. Su lobo quería correr, gruñir, aullar y morder, todo a la vez. Se sentía herido. Necesitado. Ansiando establecer de una maldita vez la unión para poder sentirse completo por primera vez en su existencia—. Por si no lo recuerdas, fui yo quien te salvó de la serpiente. ¡Él es el maldito secuestrador! El que te arrastró por media ciudad y te acabó

hiriendo en el proceso.

—¡Da igual! —Golpeó Alice la cama con las manos con rabia. Sus colegas psiquiatras le dirían que estaba en shock, que debía aceptar lo que había ocurrido antes de sumergirse en una espiral de negación que no conducía a ninguna parte. Pero era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando lo único que quería hacer era taparse con la

sábana, cerrar los ojos y olvidarlo todo.

—¿Cómo que da igual? ¡Estás loca! Yo te salvé y...

Bruce se calló ante el inesperado golpe. Su compañera le había lanzado la almohada que impactó contra su cara.

—Me has lanzado la almohada — comentó con incredulidad. ¿Qué tipo de ataque era ese? ¿Pretendía hacerle daño con una almohada? ¿Así es como se

defendía de un “enemigo”? De ser así, tenía que entrenarla, enseñarle para que tumbara y acabara con quien se acercara a ella con malas intenciones.

«Aunque eso no va a ser necesario, siempre estaremos ahí para protegerla», le recordó el lobo.

«Pero habrá ocasiones en las que estará sola», respondió a su vez, Bruce, pensando en las misiones a las que el

Consejo y su padre lo enviaban. Cuando eso sucediera en un futuro, su compañera quedaría sola, y por más que le pusiera protección, ella tenía que aprender a protegerse. A hacer frente en condiciones a un agresor o a una agresora. Y no...

—¿De verdad me has lanzado la almohada? ¿Acaso creías que me iba a detener esto...? —Se agachó para

recogerla del suelo.

—Ahh, ¡es que me vuelves loca!

¡Deja de burlarte de mí!

Bruce se carcajeó en alto antes de lanzar la almohada hacia la cama, donde aterrizó cerca de su compañera.

Era hermosa hasta cuando estaba furiosa. Se veía como una guerrera dispuesta a la batalla a la que quería tomar... y marcar con su esencia para

que todo aquel que la viera o la oliera supiera que era suya.

—No me estoy burlando, preciosa. Estoy riéndome contigo.

—¡Pues no te rías y dime de una vez dónde estamos! —reclamó Alice, sujetando con fuerza la sábana de la camilla. Sabía que estaba en un hospital pero quería averiguar dónde para poder huir en cuanto tuviera una oportunidad.

Bruce avanzó el tramo que lo separaba de ella, quedando frente a la doctora. Luchó contra las ganas de abrazarla, tumbarla en la cama y follarla como si no hubiera un mañana, y en lugar, acabó respondiéndole:

—Como ya te habrás percatado, estás en un hospital... —Ignoró el resoplido de burla de la humana y continuó—. Perteneciente a la manada

Moon Light.

—¿Y? —ironizó Alice mirándole fijamente y esperando que sus ojos mostraran las ganas que le tenía de arrancarle esa sonrisa confiada a golpes, aunque fuera con la almohada que tenía cerca de ella.

—Y nada, estaremos aquí hasta que te recuperes, luego iremos a nuestro hogar.

El corazón de Alice latió ferozmente dentro del pecho, como si hubiera corrido varios kilómetros y estuviera a punto de colapsar. No pudo evitar sentirse nerviosa, ruborizada y con ganas de... de...

—¿Cómo que nuestro hogar? Lo único que quiero es ir a mi casa y largarme lejos cuando recoja mis pertenencias. —Y enviar una carta de

renuncia a sus “agradables jefes inmortales patea traseros mortales”, con la esperanza de que estos no enviaran a alguien para acabar con ella y así silenciarla para siempre.

Bruce suspiró antes de tomar aire buscando tranquilizar a su lobo que gruñía molesto e impaciente dentro de él.

—Preciosa, ya te dije que eres mi

compañera y estás unida a mi lobo y a mí para siempre. Cuanto antes lo aceptes, mejor para todos. —Al ver que ella iba a volver a estallar contra él, la atrapó entre sus brazos y la besó, devorándola con sus labios, acallándola de esta sensual manera. El beso duró apenas un minuto pero lo puso duro como una piedra y con ganas de marcarla de una maldita vez, de unirla a

él y a su animal interior por toda la eternidad. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para poder ignorar su instinto primario de marcaje y decirle en su lugar—. Puedes protestar todo lo que desees, doctora, tu cuerpo me dice la verdad. Me deseas, puedo olerlo, puedo escuchar cómo tu corazón se acelera cuando te miro a los ojos. Eres capaz de notar la conexión que nos une, ahora

acéptalo de una vez y te mostraré los
placeres de estar unida a un lobo.

—Me niego.

Bruce entrecerró los ojos y negó
con la cabeza.

—No puedes hacerlo, nos conoces
bien, doc, sabes que los cambiantes nos
unimos de por vida a nuestra
compañera.

—¡Yo no soy cambiante! —le

recordó Alice sin dejar de mirar con nerviosismo a su alrededor. Sabía que se estaba comportando como una loca o más bien como alguien que necesitaba tiempo para recuperarse de todo lo que vivió la noche anterior, pero no podía evitarlo. Era más fácil decirle a otra persona que había que respirar hondo e intentar calmarse ante un problema, que hacerlo.

—Lo sé, por eso te estoy dando tiempo para que asimiles tu nueva posición como mi compañera.

Ante eso, Alice se centró en él y lo fulminó con los ojos.

—¿Cómo que me estás dando tiempo? ¡Estás mal de la cabeza! Desde que te conozco todo mi mundo se ha ido a la mierda y las últimas doce horas han sido un puto...

No pudo acabar la frase. Él la tomó por sorpresa al atraparla contra el colchón, al tumbarse sobre ella y aferrarle los brazos por encima de la cama, mientras le bloqueaba las piernas al estar encima, controlándola con su peso y con su magnética presencia.

—No tienes ni idea, doc, de la lucha que estoy viviendo en mi interior. Cuando entré en tu despacho esa primera

cita, te quise arrancar la ropa y hundirme en tu interior... Follarte... — Se lamió los labios y bajó el tono de voz, volviéndose casi un gruñido animal —... Hacerte mía. Si no lo hice fue porque no eres una cambiante, porque quería que me conocieras, que te familiarizaras conmigo y aceptaras el regalo que supone nuestra unión. —La intensidad de su mirada dejó sin habla a

Alice, excitándose sin quererlo, notando como todo su cuerpo se volvía gelatina y respondía ante el sensual mensaje del hombre—. Pero ya no lo soporto más. ¡Te voy a hacer mía! Ahora. Aquí. Te voy a follar hasta que tu alma me reconozca como su compañero, el único que te saciará y podrá tocarte por el resto de tu vida.

¿Qué podía hacer ante esas

palabras? ¿Qué podía hacer cuando se derretía por culpa del hombre que la atormentaba cada vez que se acostaba y se quedaba dormida?

Respuesta. Gemir y removerse con nerviosismo, jadeando al notar la dureza que presentaba el lobo, olvidando la idea de alejarle, de rechazarle...

—Tan hermosa —murmuró con voz enronquecida, Bruce, antes de

atrapar los labios de su compañera, gruñendo ante la intensidad del deseo que lo golpeó directo en su polla.

El beso se tornó salvaje, adictivo, entrelazando sus lenguas, saboreando al otro, acallando los gemidos que brotaban de sus labios. Ahora comprendía el verdadero significado de compañeros, pues nunca antes experimentó lo que estaba sintiendo en

esos momentos. Como si el mundo se arrodillara ante ella, y todo su ser gritara agradecido por encontrarla, y su lobo... para él era como si hubiera conquistado la luna y fuera capaz de ganar cualquier batalla que se presentara ante él.

«Nuestra. Marcarla. ¡Ahora!»,

Bruce gruñó cortando el beso ante la insistencia del lobo. Comprendía su

ansiedad pues solo cuando se unían en cuerpo y alma su mitad animal podía comunicarse con su compañera, estableciendo una conexión que duraría más allá de la muerte.

—Dime que eres mía, que eres nuestra... Que aceptas ser nuestra compañera —le exigió volcando todo el corazón en esa petición mientras depositaba tiernos besos por toda su

cara pero sobre todo en sus sonrosados labios. Si ella lo rechazaba se sentiría morir, acabaría lanzándose a los brazos de la muerte, buscando liberarse del dolor ante la soledad y el corazón roto.

Alice no podía hablar, era incapaz de hacerlo y todo por el nudo que sentía en su garganta, por las mariposas que revoloteaban con furia en su pecho, por... la intensidad del amor, del deseo,

de la pura necesidad de dejarse llevar y aceptar el regalo que se presentaba ante ella.

Abrió los ojos y lo miró, jadeando ante lo que vio. Miedo, deseo, adoración... El lobo se presentaba ante ella desnudando sus sentimientos, entregándole el destino gustosamente. El tiempo que llevaba tratando a los cambiantes que acudían a su consulta le

ayudó a comprender la magnitud de su afecto, y aún así, las dudas surcaron su mente.

¿Él se arrepentiría de la unión?

¿De quedar atado a una humana por el resto de su vida? ¿Odiaría el cambio que le suponía aceptarla como compañera? ¿Su familia lo aceptaría? ¿Podía vivir al lado de un hombre con un pasado oscuro y que cargaba a su

espalda décadas como guerrero con las manos manchadas de sangre?

Todas las dudas se evaporaron cuando respondió a una pregunta que se susurró a sí misma dentro de su mente:

«¿Podrás vivir sin él? ¿Olvidarte del amor que te ofrece? ¿No añorar sus besos? ¿O desear sentirle completamente?».

La respuesta surgió sola y fue dura

e implacable. Dolor. Dolor ante la idea de alejarse definitivamente de él, de no ver sus ojos sarcásticos cuando acudía a la sesión y se negaba a hablar de sus “problemas”, de no cumplir cada uno de los sueños que la atormentaron en los que él le mostraba los placeres de la carne, conduciéndola hasta el cielo con sus besos, con sus caricias, tomándola completamente.

Ahora que estaba en sus brazos, ahora que probó sus besos, que vio la cruda necesidad en los ojos de él, de escuchar decirle que era su compañera, la única que deseaba en su vida...

No, no podía alejarse, por mucho que las dudas hicieran mella en su autoestima, por mucho que temiera que en un futuro él se arrepintiese de la unión que tenía con ella. No podía

alejarse de él. No podía negar que lo amaba, aunque fuera una auténtica locura.

Tomó una decisión. Abrazaría el regalo que le ofrecía con todo su corazón.

—Sí —susurró con apenas un hilo de voz, fruto de los nervios, de todo lo que estaba experimentando en esos momentos.

—¿Sí qué? —preguntó Bruce, deteniendo los besos para poder mirarla fijamente a los ojos.

—Soy tuya.

Bruce estuvo a punto de gritar de pura alegría, pero optó por probar de nuevo los labios de su compañera, perdiéndose con el dulce sabor de estos.

«¡Nuestra! ¡Nuestra! ¡Nuestra!», repetía una y otra vez el lobo lleno de

júbilo.

«Sí, nuestra compañera aceptó su destino», le respondió mientras juraba que haría lo que fuera necesario para hacerla feliz, para ponerle el mundo a sus pies si así se lo pedía con tal de ver cada día ese brillo de pura felicidad en los ojos de su mujer.

«¡Ahora, follar! ¡De rodillas, YA!».

Bruce rompió a reír, sorprendiendo a Alice, quien por suerte se lo tomó como que estaba celebrando que le dijera que sí a su proposición de unirse como compañeros.

Si ella supiera que de los dos era el lobo quien solo pensaba en sexo...
¿Qué haría?

Ya tendría tiempo de averiguar la respuesta a esta pregunta en cuanto los

tres estuvieran conectados y ella pudiera escuchar a su lobo a cualquier hora del día y de la noche.

CAPÍTULO SIETE



—Eres tan hermosa cuando te sonrojas.

Alice se removió en la cama, incapaz de aguantarle la mirada al lobo. Se sentía nerviosa. Lo había aceptado en su vida, y ahora tocaba enfrentarse a los cambios que suponía convertirse en su compañera. ¿Dónde viviría? ¿Seguiría en su piso o tendría que mudarse? ¿Mantendría su puesto como psicóloga de cambiantes o él le pediría que dejara de trabajar? Tantas dudas...

—Mírame, preciosa. —Así lo hizo, buscó sus ojos y jadeó ante la profundidad de amor que se percibía en ellos. El lobo era muy expresivo y no le ocultaba nada, entregándose con absoluta devoción—. Parecía que estabas muy lejos de aquí... —Esbozó una sonrisa ladeada, antes de comenzar a acariciarle el cuello con suavidad. Bruce acalló las ganas de mordisquear

la sensible zona que estaba acariciando.

Si ya ella con sus suaves caricias temblaba en sus brazos y su cuerpo reaccionaba acelerando su respiración y su pulso, si él la mordiese... ¿Qué haría? —... Y quiero que estés conmigo al cien por cien, porque voy a tomarte. Voy a hacerte mía... —Se lamió los labios salivando ante la idea de probar su sabor, de lamer entre sus piernas,

memorizando sus gemidos, sus temblores... hasta presenciar el estallido de su placer.

Oh, sí. Quería lamer su coño antes de tomarla sobre sus rodillas.

—Voy a hacerte feliz —le prometió dispuesto a cumplir ese juramento, antes de atrapar de nuevo sus labios pasionalmente.

¿Quién estaba en una nube?

¿Viviendo algo que solo sucedía en sueños? ¿Convirtiéndose sin pretenderlo realmente en la absoluta protagonista de la mejor novela de amor de todos los tiempos?

¡Ella!

Antes de que fuera a romper ese momento mágico con alguna de sus dudas o preguntas punzantes que en cada sesión le lanzaba... Su favorita era si le

guardaba rencor a su padre por no estar más tiempo a lo largo de su infancia...

Bruce asaltó sus labios una vez más, dispuesto esta vez a tomar finalmente a su compañera.

Sin romper el beso, comenzó a acariciarla, agradeciendo internamente que estuviera cubierta apenas con un camisón de hospital bajo la sábana, el cual le colocó tras salir su hermano y

sus guardaespaldas del cuarto, para que su compañera estuviese cómoda mientras descansaba. Rasgó la tela sin miramientos, tirándola al suelo, para poder acariciar sin restricciones sus turgentes y llenos pechos. En cuanto rozó el pezón izquierdo y lo pellizcó, su compañera tembló y jadeó en alto, abriendo los ojos con sorpresa.

Bruce separó los labios y le

susurró a centímetros de ellos, saboreando sus jadeos entrecortados.

—¿Te gusta esto?

Alice tragó con dificultad sin dejar de gemir, removiéndose en la cama. No sabía que era tan sensible en esa zona de su cuerpo, sus anteriores parejas nunca llegaron a tocarle de esa manera, pasando apenas con unas caricias rápidas antes de metérsela, sin

pensar nada más que en su placer personal.

—Sí... —acabó respondiendo con voz entrecortada, los ojos brillantes y entrecerrados y la boca abierta pues respiraba con dificultad.

—Perfecto... porque tienes unos pechos que merecen ser venerados — sentenció Bruce antes de agacharse y tomar el pezón con el que estuvo

jugando un rato, entre sus labios, para chuparlo y tironearlo con los dientes.

Alice cerró los ojos y se movió buscando más contacto, arqueando la espalda. Sus manos volaron hasta posarse en la ancha espalda del hombre, atrayéndolo más hacia ella. Quería más... quería... lo quería todo.

—Más... —gimió al notar que él se separaba de ella, que abandonaba las

atenciones a su sensible y sonrosado pezón.

—No lo dudes, preciosa.

Acabamos de empezar... —le aseguró antes de tomar el otro pezón entre sus labios, otorgándole igual atención, mientras al primero lo seguía pellizcando y acariciando.

—¡Oh, Dios! —balbuceó

entrecortadamente Alice, echándose

hacia atrás, curvando la espalda, llegando a enterrar sus uñas en la camisa que vestía el hombre—. Llevas demasiada... ropa... —dejó claro, agarrando la tela para luego darle un tirón como si quisiera rasgársela.

Bruce se incorporó, hasta quedar sentado en la cama, admirando la hermosa visión de su compañera sonrosada, temblorosa, con ojos

vidriosos por el placer. Con movimientos lentos, disfrutando al ver como ella le estaba devorando con la mirada, comenzó a desvestirse, desabotonando la camisa y dejándola caer al suelo. Se levantó de la cama para quitarse el pantalón y...

—¡No llevas calzoncillos!

Él negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¿Para qué los necesito? —

Volvió a tumbarse en la cama, cubriéndola con su cuerpo, retirando del todo la sábana para que no hubiera ninguna clase de tela entre ellos—. Además, así me resultará más sencillo tomarte cuándo quiera y dónde quiera, solo tendré que bajarme la cremallera y liberar mi...

No pudo continuar. Esta vez quien

asaltó sus labios para acallarle con un beso, fue ella. En el momento en que sus lenguas se tocaron, gruñó, tomando el control.

Cuando el beso se cortó, su compañera susurró con voz entrecortada y enronquecida:

—Malvado...

Bruce se rio, disfrutando de ese primer encuentro tan especial que

siempre quedaría grabado en su corazón.

Poder tocar a su compañera, escuchar sus gemidos de placer, notar sus temblores... Iban a ser recuerdos que atesoraría siempre.

—¿Acaso lo dudabas, doc? Por supuesto que soy malvado... tu peligroso lobo feroz. —Acabó el discurso con otro pasional beso, reconociendo que era adicto a esos

sonrosados y carnosos labios, adicto a su dulce sabor.

Tras este intercambio de palabras ya no hubo más interrupciones por parte de los dos, ya que ambos estaban tan al límite que necesitaban dejarse llevar, alcanzar el cielo con las manos. Los besos se tornaron necesitados, mientras los dos se acariciaban y...

Bruce se incorporó para poder

cumplir lo que tenía pensado hacer, probar el dulce sabor de su compañera, llevarla hasta el clímax antes de poseerla liberando a su bestia interior.

Sin dejar de acariciarle los turgentes y hermosos pechos, Bruce se posicionó entre sus piernas, antes de ordenarle con voz grave, mostrando lo cerca que estaba su lobo de salir, pues el muy cabrón le estaba por dentro

gritando y aullando de pura necesidad porque quería conectarse con su compañera YA.

—Abre las piernas para mí, preciosa. Voy a lamerte hasta que te corras y cuando lo hagas, voy a tomarte sobre tus rodillas. Oh, sí... no tienes ni idea de cómo me duele la polla por tomarte... —murmuró para sí mismo, apretando los dientes ante el intenso

aroma de deseo que desprendía su compañera. Estaba seguro que en un futuro se pondría duro con solo oler la necesidad de su mujer. Como su compañero era su deber mantenerla satisfecha, cumplir cada una de sus fantasías, de sus sueños... de sus anhelos.

Alice no pudo evitar gemir ante las palabras del hombre. ¿Cómo era

posible que fuera tan erótico escucharle hablar de lo que le iba a hacer? ¿Desde cuándo se convirtió en una mujer que se excitaba con solo palabras?

Respuesta: desde que conoció a un lobo que trastocó por completo su vida.

Solo fue capaz de jadear cuando lo vio cumplir con lo que le dijo. Cuando lo vio entreabrir más sus piernas y ubicarse entre ellas,

agachándose hasta quedar a la altura de su abierta, húmeda y palpitante por la necesidad vagina.

No pudo apartar la mirada de lo que él estaba haciendo, mientras dentro de su mente gritaba una y otra vez: Oh, Dios, oh, Dios... Y es que ver a un hombre que bien podría ser el dueño absoluto de las fantasías sexuales de cualquier fémmina, prepararse para

volverla loca con sus caricias íntimas
fue...

IMPRESIONANTE.

ADICTIVO.

LO MÁS ERÓTICO QUE HA
VISTO EN SU VIDA.

Alice se tensó cuando notó el
primer lametazo directo a su clítoris. El
placer que le recorrió fue tan intenso
que no pudo evitar gritar por la sorpresa

y removerse sobre la cama.

—Eres tan sensible... —murmuró

Bruce, sonriendo al ver cómo reaccionaba a sus caricias—.... Y tan dulce... Me podría pasar horas lamiéndote...

Procedió a demostrárselo, probando de nuevo su dulce sabor, atacando una y otra vez su tembloroso y sonrosado botoncito. Con cada caricia,

su compañera se retorció y movió la cadera hacia su encuentro, gimiendo sin contenerse.

Bruce disfrutó de cada segundo, centrándose en darle placer a su hembra, colmándola de caricias con su lengua, mientras le sujetaba los muslos para asegurarse que nos los cerrara.

«Tomarla, ya. No alargues mi sufrimiento», gruñó su lobo interior.

«Paciencia, primero nos aseguraremos que ella disfrute, cuando se corra la montaremos. Antes no», le aseguró de manera tajante, no dispuesto a dejarse doblegar por las ansias de su lobo.

Este volvió a gruñirle y a arañarle por dentro, provocando que las garras aparecieran.

—¡Oh! —chilló Alice al notar las

garras contra su piel. Era una sensación extraña, sobre todo porque le hizo ser más consciente que estaba con un hombre que era capaz de convertirse en un lobo, una criatura que hasta hacía poco tiempo creía que solo era una invención de las autoras de romántica que leía.

—No me tengas miedo —suplicó él, levantando las manos para evitar

arañar la suave piel de su compañera. Por dentro estaba insultando a su lobo de varias maneras posibles—. Nunca te haría daño.

Esperó a que ella abriera los ojos y le mirara. Suspiró agradecido al no identificar temor en su mirada. Su hermosa mujer le observaba con ojos vidriosos por el placer y con absoluta confianza.

—No te tengo miedo. Sé lo que eres y que en ocasiones no puedes controlar tu lado animal. Confío en ti — le aseguró ella con la respiración jadeante. Al ver que él se mostraba aún cerrado, con dudas, Alice continuó, recordándole—: ¿Crees que mis otros pacientes no me hablaron de sus problemas? ¿De cómo pierden el control? ¿De lo que son capaces de

hacer? ¿De...?

Bruce gruñó, mostrando los colmillos que se alargaron en apenas unas milésimas de segundos.

—No trabajarás con otros hombres, no te quiero cerca de otros cambiantes machos y...

—Vete a tomar por culo, pedazo de machista —le insultó Alice sin poder contener su lengua, mirándole fijamente

a los ojos deseando que el otro viera que con esas palabras había conseguido enfadarla, dejando de lado todo el deseo que aún seguía sintiendo por él—. Si quiero trabajar lo seguiré haciendo, tanto con hombres como con mujeres. Que trabaje con hombres no significa nada, ¿o acaso crees que me acuesto con todos mis pacientes?

«¡Imbécil! Ahora no querrá

follar», le amonestó su lobo interior, aullando de rabia.

A Bruce no solo le importaba el sexo, quería que su compañera fuera dichosa con él, regalarle felicidad cada día de sus vidas hasta que la muerte reclamara a uno de los dos.

Se movió hasta quedar sentado entre sus muslos, lamentando en esos momentos el haber abierto la boca,

tendría que haber seguido lamiéndola hasta hacer que se corriera con su lengua y sus dedos.

Ignoró a su parte animal que se burlaba de él y se centró en la hermosa humana que tenía ante él. ¿Cómo explicarle el funcionamiento de la sociedad cambiante? ¿Qué no era por machismo si no por instinto el no quererla cerca de otros machos? ¿Qué le

alteraría percibir el aroma de otro hombre sobre ella, aunque fuera a causa de un abrazo casual?

Tomó aire y lo soltó lentamente, olvidando a duras penas el dolor de su polla y la intensa necesidad de hundirse en el húmedo y caliente interior de su hembra, marcándola con su semilla.

—No me he explicado bien, doc.

No voy a obligarte a dejar tu trabajo, si

quieres seguir haciendo de loquera lo
podrás hacer pero...

—¡Psiquiatra! Soy psiquiatra, no
loquera —le interrumpió ella, quien se
movió para sentarse en la cama, aunque
permanecía con las piernas entreabiertas
pues al tenerle a él entre ellas no pudo
cerrarlas del todo.

—Como digas. Psiquiatra
entonces, aunque para nosotros eres una

loquera. —Antes de que ella volviera a abrir la boca y le cortara, continuó—.

Tienes que comprender que no es sencillo reconocer que necesitamos ayuda para sanar nuestra mente, es...

deshonroso que tengan que... —Negó

con la cabeza no queriendo seguir por

ese lado. Él era uno de los que se sentía

defectuoso al necesitar ayuda de ese

tipo. Tenía que reconocer que le jodió

muchísimo que su padre le insinuara o más bien le ordenara que acudiera a terapia para “curarle” la oscuridad que cubría su alma. ¿Cómo hablar podía sanar el horror que presencié en su vida? ¿Las muertes que provocó? ¿La sangre que manchó sus manos? No lo comprendía, pero lo aceptó como una orden de parte de su padre. Ahora... tendría que agradecersele pues de esta

manera encontró a su compañera, a la única mujer a la que le entregaría gustoso su corazón.

Alice presenció el cambio de humor en el hombre. Parte de su trabajo era observar atentamente a su paciente, buscando signos de mentira, de ansiedad, de estrés; en el caso del lobo que tenía ante ella pudo identificar lo que sentía en esos momentos como

vergüenza.

Como psiquiatra comprendía que fuera reacio a aceptar que necesitaba tratamiento para ayudarle con el estrés que le provocaba su trabajo –fuera el que fuera, pues en el informe que le pasaron de él solo indicaba que era propenso a explosiones de violencia cuando trabajaba y por más que preguntó no le quisieron especificar nada más-,

pero como mujer le sentía mal que se escudara tras “sus dudas y sus traumas” cuando era una actitud machista el que dijera que no la quería trabajando cerca de otros machos.

—No es deshonoroso pedir ayuda, nunca lo es, es más es de valientes admitir que se necesita la asistencia de un profesional para sanar. Pero no me puedes exigir que no trabaje con

hombres. Soy una mujer libre que puede trabajar sin problemas con hombres como con mujeres. Si no puedes confiar en mí no...

—¡No es eso, coño! —explotó

Bruce, pasándose una mano por sus cabellos, revolviéndolos. Un gesto que denotaba nerviosismo y frustración.

—¿Y entonces qué es? —elevó la voz ella, entrecerrando los ojos y

cruzando los brazos sobre el pecho.

Él gruñó con la mirada fija en sus senos, inhalando con fuerza y apretando los dientes. Seguía excitado y verla a ella elevar los pechos con ese gesto, creando un canalillo por el que quería pasar su lengua, fue demoledor.

Pero se obligó a desoír a su dolorosa polla y mantener la mente fría ante la tensa conversación que estaba

manteniendo con su mujer.

—Confío en ti con todo mi corazón, es más, como mi compañera tienes en tus manos mi felicidad o mi destrucción. Eres tú quien decide si aceptarme o no. Pero tienes que comprender que es complicado para mí verte cerca de otros machos, sobre todo porque aún no nos hemos unido. Tanto mi lobo como yo sentimos que... —No

sabía cómo explicarle la profundidad de lo que pasaba por su mente, por su corazón—. Tenemos temor a que decidas que otro macho es mejor que nosotros y te unas a él. Me pondría alterado si percibiera el aroma de otro hombre en tu piel, en tu ropa... Mi lobo clamaría venganza, querría cazar al dueño de ese olor para desgarrarle la garganta con mis garras o con mis

colmillos. Más adelante, cuando nuestra unión se afiance, se haga más fuerte, podrás trabajar libremente, pero ahora... Necesito... —No pudo continuar, no era sencillo describir todo lo que sentía a una humana, a alguien quien no sufriría los “celos” y el instinto de protección como él. Otra hembra cambiante padecería los efectos de la unión igual que él. No lo querría cerca

de otra mujer para no alterar a su parte animal. Buscarían a todas horas calmar la necesidad de marcar a su pareja, hasta que la unión se volviera inquebrantable.

Ante el silencio que siguió a sus palabras, Alice lo agradeció asimilando lo que había escuchado. Era muy diferente a estar con un hombre normal. Sus antiguas parejas huían del

compromiso en cuanto aparecía algún indicio de que pasaba de ser una relación esporádica de sexo a tornarse en un noviazgo al uso, pero el lobo... Se abrazaba con fuerza a ella, exponiendo su corazón de tal manera que podía llegar a asustar con la intensidad de los sentimientos que mostraba.

¿Era capaz de aceptarlo? ¿De convertirse en su mundo? ¿De

corresponderle con igual pasión?

Cerró los ojos y recordó las solitarias horas en su cama cuando intentaba descansar, como ese lobo aparecía hasta en sus sueños. Reconoció que nunca antes se sintió tan hermosa o especial ante otro hombre. Que adoraba no solo como la hacía temblar con solo mirarla, con acariciarla o devorarla con sus labios, le gustaba escuchar su risa,

ver el brillo pícaro en sus ojos antes de tomarla por sorpresa con un beso, la fuerza y la confianza que exudaba con cada gesto, la seguridad que sentía cuando estaba a su lado.

El amor no era de color rosa, era de todas las gamas de color, entremezclándose y mostrando diferentes tonalidades según el día, las acciones, las palabras. El amor no se

podía idealizar, había que abrazarlo cuando llegaba y atesorarlo, dispuesta a avivarlo cada día para que nunca se apagara la llama que caldeaba el corazón.

Con el lobo las cosas no serían sencillas, estaba segura que iba a chocar con él en numerosas ocasiones, pero... No apagaba lo que sentía por él. Lo necesitaba. Lo deseaba. Lo quería. Si no

estaba dispuesta a perderlo todo, no podría abrazar lo que el destino presentaba ante ella.

Alice, abrió los ojos y tomó una decisión que cambiaría para siempre su vida. Lo sabía y lo aceptaba, completamente.

—Acepto. —Pudo ver como él mostró duda, sorpresa y esperanza, todo en apenas unos segundos. Era de

agradecer que fuera expresivo con ella, que se abriera de esa manera y no mantuviera la actitud distante con la que la desquiciaba en la consulta—.

Comprendo que como cambiante necesites tiempo para sentirte seguro con nuestra relación. —«Yo siempre tendré dudas, y no podré evitar sentir miedo a perderte, que al final te arrepientas de nuestra unión y elijas a

otra mujer cambiante como tu esposa», reconoció para sí misma, aceptando que esa espinita quedaría clavada en su mente, y con la que tendría que convivir cada día—. Pero ya te digo que no voy a dejar de trabajar, que ayudaré a hombres y mujeres por igual, a quien vaya a mi consulta, sea un lobo, un tigre u otra especie animal. Cuando te sientas... ummm como decirlo... seguro de lo

nuestro, comenzaré a trabajar.

Además... —Se encogió de hombros—

... no tengo ni idea de si mantendré mi

puesto o si me van a echar, después de

todo fui secuestrada por un hombre, y

ahora tengo una relación con uno de mis

pacientes. Podrían hasta retirarme la

licencia para ejercer solo por acostarme

contigo. Recuerda que en mi despacho

instalaron una cámara de seguridad y

seguro que han grabado lo que pasó y...

—¡Nadie va a retirarte la licencia!

—explotó Bruce, acercándose más a ella, hasta conseguir que se sentara en su regazo, torturándose al rozar con su erecto miembro la húmeda entrada de ella—. No volverás a trabajar para humanos, en mi mundo tendrás mi protección y la de mi familia.

Ella se abrazó a él, pasando los

brazos por su cuello, excitándose también ante su cercanía. Estaba más calmada con el tema de su trabajo y la verdad no era momento para pensar en qué hacer o dejar de hacer. Ahora que sabía que él no iba a ser un troglodita sin sentido que quería imponer sus ideas porque eran superiores los hombres (y de ser así le habría mandado a tomar por culo), podía centrarse en lo que estaban

haciendo antes de la discusión.

Descubrir si eran compatibles...

físicamente.

Y hasta el momento él le demostró que eran más que compatibles, que él era un imán para el placer que sabía cómo alterarla y convertirla en una masa temblorosa y jadeante.

—Oh... ¿así que vas a ser mi gran lobo protector? —preguntó, luciendo

una gran sonrisa, mientras el corazón le latía ferozmente contra el pecho. El deseo regresó con más fuerza que antes, ansiando sentirle dentro de ella, volverse uno y calmar sus nervios, sus dudas, el fuego de la pasión que la consumía por dentro desde que compartieron el primer beso.

Bruce inhaló con fuerza y gruñó, levantándola en el aire al agarrarla por

la cadera, dispuesto a mostrarle el camino hacia su polla.

—Provocadora —murmuró roncamente antes de comenzar a penetrarla, lentamente para que se adaptara a su tamaño.

—Oh, Dios mío —gimió Alice cerrando los ojos y tensándose. El lobo era más grande de lo esperado, como si se hubiera hinchado antes de comenzar a

penetrarla. Le dolía un poco pero era un dolor que ansiaba, y que la estaba volviendo loca. Sentía cómo iba avanzando dentro de ella poco a poco, conquistando centímetro a centímetro mientras la estiraba y la colmaba de placer—. Eres muy grande... —susurró.

Como respuesta obtuvo las carcajadas de él, que la volvieron loca, porque provocó que la penetrara más

profundamente.

—Solo llevo la mitad.

Alice abrió los ojos antes de gritar:

—¿¡Lo qué!?! ¿Cómo que la...?

¡Ahhh!

El último tramo la penetró de golpe, aprovechando que ella estaba distraída con sus palabras. Hundiéndose en su interior hasta que lo acogió por

completo, convirtiéndolo en prisionero con su calidez, con el intenso placer que sentía al volverse uno con su compañera.

«¡Por fin!», exclamó con un tono de impaciencia su lobo, quien ansiaba ese momento desde que la olisqueó hacia casi tres meses y la identificó como la única mujer a la que el destino creó para ellos. «Forma el enlace, ¡ya!»,

urgió este, pues quería que ella escuchara su voz, quería presentarse y escuchar en boca de ella que lo aceptaba como suyo para siempre.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a repetir entre jadeos Alice, cerrando los ojos al sentirse llena, estirada hasta el límite, disfrutando al sentirse completa.

Bruce permaneció quieto, esperando a que se adaptara a su

tamaño. Ignoró tanto a su lobo como al dolor por no poder moverse aún y optó por decir:

—Así que tengo que hacer esto para dejarte sin habla, ¡eh! Ya lo sé para la próxima vez que discutamos, te pondré a cuatro patas y te haré chillar de placer.

Alice rompió a reír siendo acompañada por él, disfrutando ambos

de la íntima conexión que estaban experimentando y que para los dos era muy especial y única, pues no solo era sexo, entre ellos se estaba forjando una unión mágica que enlazaría sus almas hasta más allá de la muerte.

—Imbécil —acabó por responderle a él, golpeándole con cariño el pecho, antes de quedar prendada con su intensa mirada.

—Puede que lo sea, pero recuerda siempre que soy TÚ imbécil. —
Compartió un dulce beso con ella que duró apenas unos segundos, una caricia suave que les rozó el corazón a los dos —. Y ahora si ya no te molesta... —
Movió la cadera penetrándola más profundamente, ahogando el gemido de placer que pugnaba por brotar de sus labios.

—Oh...

Bruce la volvió a besar acallando el jadeo entrecortado de ella.

—Si sigues llamándome dios me lo voy a creer, preciosa. —Volvió a moverse, comenzando a adoptar un ritmo con embestidas profundas y lentas. Atormentándolos de placer—. ¿Te gusta esto?

Alice entreabrió los ojos y lo miró

fijamente.

—No soy de hablar... o de palabras... preguntas... solo quiero... sentir...

Bruce sonrió y asintió con la cabeza, antes de atrapar sus labios de nuevo para devorarla con un beso abrasador.

Perfecto. A él nunca le gustó hablar durante el sexo pero lo hacía para

complacer a sus anteriores parejas esporádicas. Estaba agradecido que su compañera era como él, intensa, directa y con ganas de sentir más que de perder el tiempo hablando.

Ya no hubo más palabras entre ellos. Bruce siguió moviéndose, manteniéndola sentada en su regazo, penetrándola con estocadas que los volvía locos a los dos. La apretó contra

ella y agachó la cabeza para poder mordisquearle el cuello, aspirando el dulce aroma que percibía en la piel de su compañera. Era adictiva, un tesoro que iba a atesorar hasta el día de su muerte.

Con el cuerpo tenso por el esfuerzo de alargar el placer que estaba sintiendo, Bruce cambió de postura, tumbando a su compañera en la cama.

Ella protestó al sentir que la abandonaba para luego suspirar cuando él se colocó sobre ella, entre sus muslos, penetrándola de una estocada, hundiéndose en su interior, adoptando un ritmo más acelerado que provocó que la cama de hospital en la que estaban crujiera en protesta.

No dejó de acariciarla, disfrutando de la suavidad de su piel

que comenzaba a cubrirse de una fina capa de sudor. Con cada penetración se sentía en el cielo y en el infierno al mismo tiempo, pues era una auténtica tortura notar como lo apretaba con sus cálidas y húmedas paredes, a punto de ordeñarle, pero una tortura que al fin y al cabo adoraba y ansiaba experimentar varias veces al día el resto de su vida.

En brazos de ella se sentía

completo, tras siglos de soledad se sentía... completo.

Incrementó la intensidad de las embestidas cuando ella comenzó a corcovear la cadera con nerviosismo, como si estuviera a punto de correrse, y se lanzó hacia el abismo de la locura ahogándose con el placer que estaba experimentando.

Ella no dejaba de gemir con los

labios entreabiertos, sonrosados, húmedos e inflamados por los besos. Estremeciéndose entre sus brazos, arañándole la espalda con las uñas y moviendo las manos con nerviosismo por su espalda.

—Más rápido... más...

La complació, conduciéndola hasta el clímax. Su compañera no solo gritó de placer, también le marcó la

espalda con las uñas, y se tensó de tal manera que lo acabó ordeñando provocando que se corriera, inundándola con su semilla.

Con los vestigios del orgasmo recorriendo su cuerpo, Bruce se agachó y le mordió el cuello a su mujer, uniendo de esta manera sus almas y permitiendo a su lobo interior que conectara su esencia con ella.

Alice volvió a gritar cuando notó como le mordía el cuello, hundiendo sus colmillos en su carne. Se estremeció entre sus brazos, respirando con dificultad, con el corazón latiendo con furia enloquecida en su pecho, y saboreando los ecos del placer que le acariciaban cada rincón de su cuerpo.

«¡Nuestra!», escucharon tanto Bruce como Alice.

«Sí, nuestra», afirmó Bruce, dándole la razón a su parte animal, quien aullaba de alegría al poder escuchar la mente de su compañera, al poder transmitirle con sentimientos y emociones todo la adoración y el amor que sentía por ella.

Alice jadeó y abrió los ojos sorprendida al sentir como la inundaba una oleada de admiración, orgullo y

amor.

«Nuestra compañera, para siempre. Unidos, los tres».

—¿Y esa voz? —preguntó sorprendida, a punto de llorar por la intensidad de los sentimientos que le estaban transmitiendo, que estaba experimentando al mismo tiempo en que notó como su corazón se entregaba por completo al hombre que aún permanecía

duro dentro de ella.

—Mi lobo, te da la bienvenida.

Tras unirnos carnalmente y al morderte nos hemos vuelto uno los tres, cuando estemos haciendo el amor podrás escucharle tal y como yo lo escucho. Si te encuentras en peligro podremos percibirlo, y si nos pasa algo a nosotros también te percatarás de ello. Ya no hay vuelta atrás, preciosa, eres oficialmente

mi compañera.

Alice se quedó sin habla unos segundos, asimilando todo lo descubierto hasta ese momento, pero sobre todo, escuchando con atención al lobo que seguía hablándole, como un niño hiperactivo con un juguete nuevo, que no dejaba de asegurarle que era su luna llena, que la adoraba más que correr tras una presa en las montañas o

que moriría por ella.

—¿Ya estamos unidos? ¿No hacía falta nada más? —se interesó, curiosa con una unión extraña para ella, pues hasta hacía muy poco no sabía que los cambiantes poseían compañeros para toda la vida.

Bruce sonrió y negó con la cabeza, sin llegar a moverse pues seguía preso dentro de ella. Como un lobo

permanecía duro e hinchado hasta que el placer abandonara por completo su organismo, hasta que su instinto de aparearse se calmara.

En el pasado estar atado a una mujer tras mantener sexo caliente con ella le producía ansiedad pues quería salir de la cama cuanto antes, por eso elegía a cambiantes que aceptaban que era necesario esperar unos minutos para

poder liberarse. Pero con su compañera era todo diferente, no quería soltarla, quería mantenerla atada a él para siempre. Ahora comprendía la imperiosa necesidad de los suyos de permanecer en cama follando como conejos tras un apareamiento, pues la abrumadora sensación de marcarla y no dejarla ir, era muy fuerte.

—¿Esperabas algo más? ¿Tal vez

algún ritual extraño o...?

Ella se rio, dándole una palmada en el brazo.

—No, eso no. No sé lo que esperaba, recuerda que soy humana y todo esto es nuevo para mí.

«No te arrepientes de unirte a nosotros, ¿no?», escuchó la voz del lobo de nuevo en su mente, como un eco de una tonalidad grave que era una suave

caricia cuando resonaba en su cabeza.

—No, no lo hago —comentó, sonriendo al oír un suspiro de alivio por parte del lobo—. No es eso, es... diferente, solo eso. Pero me gusta, si tuviera que asistir a una boda con centenares de invitados me moriría de la vergüenza. Nunca me ha gustado eso de llenar una iglesia con invitados que no conoces ni a la mitad y poner buena cara

mientras dices los votos aunque por dentro quieras desmayarte del susto.

—Si quisieras pasaría ese tormento por ti —bromeó Bruce, moviéndose al percibir que ya no lo apretaba con fuerza el interior de su compañera. La hinchazón ya había bajado lo suficiente para salir sin dañarla.

Escuchó el quejido de ella y se

apresuró a abrazarla, acunándola sobre su pecho, tragándose el gruñido de placer al sentir las cosquillas que le hicieron los largos cabellos rizados de su compañera acariciándole el hombro y el cuello. Ya quería tomarla de nuevo y estaba vez sobre sus rodillas, pero esperaría. Ella había pasado por mucho en apenas unas horas y ante todo tenía que descansar. La unión ya se había

establecido y en cuanto la sanadora le asegurara que su compañera estaba perfecta, la llevaría a su hogar para mantenerla atada en la cama, disfrutando de horas y horas de sexo intenso y caliente.

—No hace falta, me gusta más la manera de unirse de los cambiantes. Nada de invitados, peleas por el color de las servilletas o preocupaciones de

última hora porque no llegan a tiempo las flores encargadas.

«¿Para qué quieres flores cuando te unes? ¿Los humanos usan flores para follar?».

Las preguntas del lobo provocaron que tanto Bruce como Alice rompieran a reír.

—Sí, usan flores para poder follar
—reconoció ella, sin dejar de sonreír,

disfrutando de esos momentos. Y sí, cuando estabas enamorada te sentías flotar y tenías esas famosas mariposas en el estómago, o más bien, te volvía fuerte y decidida con ganas de comerte al mundo. En este caso, con unas ganas locas de que el lobo la devorara de nuevo y no la soltara nunca.

«Humanos, locos. Los lobos, somos mejores».

—Oh, sí, mucho mejor —

reconoció Alice, totalmente de acuerdo con el lobo—. Oh, ¿cómo es posible que pueda seguir escuchándole si no estamos unidos de...? —Se sonrojó, sin poder acabar la pregunta.

Bruce se rio, disfrutando al ver que su compañera era tímida. Le gustaba eso y estaba dispuesto a provocarla con tal de ver como sus mejillas se tornaban

de un precioso tono rosado.

—Porque la unión ha sido reciente, pero en una hora más o menos ya no podrás escucharlo.

Alice se incorporó y lo miró a los ojos. Era afortunada al tenerle. Un gran lobo feroz y solo para ella. ¿Quién quería príncipes azules cuando tenías en tu cama a un lobo capaz de hacerte aullar de puro placer?

Ella no, al menos.

Se quedaba sin dudarlo con el lobo.

—¿No me habías prometido que me ibas a poner a cuatro patas? —se burló, esbozando una sonrisa llena de picardía y timidez, una combinación extraña pero era lo que estaba experimentando en esos momentos.

Bruce gruñó, inhalando con fuerza,

abriendo mucho los ojos al percibir que ella estaba húmeda y excitada. Fue pura adrenalina directa a su polla al oler su aroma entremezclado con el de ella, al saber que se había corrido en su interior, inundándola con su semilla, marcándola como... suya.

Las carcajadas de Alice resonaron en la habitación del hospital cuando él le dio la vuelta y la puso sobre sus

rodillas antes de comenzar a acariciarla íntimamente, encendiéndola, consiguiendo que jadeara necesitada por sentirlo de nuevo empujando con fuerza dentro de ella.

Ninguno de los dos se percató que la puerta se entreabrió y Lucille se quedó congelada en el sitio al ver lo que estaba pasando. Apretó los labios para no jadear por la sorpresa, antes de salir

silenciosa al pasillo, para luego poner un cartel en el pomo que empleaban en esos casos tan... “peculiares”. Pues no era la primera vez que ocurría eso en el hospital, para su desgracia.

En el cartel se podía leer con claridad:

NO ENTRAR

PELIGRO

Lucille se alejó por el pasillo negando con la cabeza, alterada por lo que vio. Los cambiantes eran criaturas muy sexuales y se vio obligada a “inventar” el cartel para evitar que las parejas unidas se vieran interrumpidas cuando estaban... “jugando” sin ser conscientes de que estaban en un hospital y las paredes eran casi de papel

y se podía escuchar con claridad lo que pasaba en las habitaciones.

—Y mira que le dije que ella tenía que descansar... —murmuró rumbo al ascensor, sumergida en sus pensamientos.

Mientras, dentro en el cuarto, Bruce cumplió su promesa. La tomó a

cuatro patas antes de abrazarla para descansar un par de horas dispuesto a volver a unirse a ella. Ahora que estaba unido al fin a su compañera no la dejaría escapar, la colmaría de placer, le mostraría que lo era todo para él, después de todo...

Él era su lobo feroz dispuesto a cumplir cada uno de sus deseos.

CAPÍTULO OCHO



—Oh —exclamó Lucille al
chocar con Thomas en cuanto se
abrieron las puertas del ascensor.

Llevaba unos minutos esperando ante las metálicas puertas y en cuanto se abrieron entró apresuradamente sin ver por dónde iba, así acabó... impactando contra el pecho del hombre que la desquiciaba y que provocaba que viviera un infierno en vida. Le agradecía la oportunidad que le dio al convertirla en la sanadora oficial de la manada por mucho que los más “antiguos” no

quisieran a una mujer en ese puesto, pero... no podía evitar que todo su cuerpo reaccionara a él, que se sintiera como un flan que se estremecía cada vez que lo tenía delante.

—Discúlpame, Lucille. Vengo a hablar con mi hermano. Tengo que comunicarle que nuestro padre me ha llamado y que la serpiente se escapó...

Thomas entrecerró los ojos ante el

cambio en el aroma de la loba. Porque veía con sus propios ojos que era la sanadora de la manada si no tanto su lobo como él serían engañados pues olía de una manera diferente, más como el... chocolate. Y ya era asombroso que percibiera un aroma en ella pues nunca pudo olerla.

Instintivamente se acercó más a ella, invadiendo su espacio personal,

casi arrinconándola a la puerta del ascensor que permanecía cerrada tras haber salido él.

Lucille supo que el blindaje que le enseñó su madre antes de permitirle viajar en busca de un lugar dónde afincarse y desarrollar su carrera como sanadora, se quebró cuando vio al alfa olisquearla con las pupilas dilatadas y con claros signos de excitación.

Se puso nerviosa, con ganas de llorar de la rabia al permitir que todo lo que le había enseñado su madre se fuera al traste y todo por alterarse al ver a un hombre que se parecía un poco a Thomas mantener sexo con su compañera.

«Estúpida», se gritó una y otra vez en la mente, sabedora que cuando se descubriera el pasado que escondía

acabaría sentenciada a muerte y odiada por todos, incluido el lobo que la olisqueaba y la estaba arrinconando contra la puerta.

Sin perder tiempo, pulsó el botón de llamada y rezó para que el ascensor se abriera cuanto antes, para que aún siguiera en esa planta y no estuviera en otra tras ser llamado.

Sus plegarias fueron escuchadas

porque se abrió tras ella, provocando que estuviera a punto de caer de culo en su interior, ante la sorpresa. Al ver que estaba dentro del ascensor, pulsó el botón del piso superior para alejarse cuanto antes del hombre que permanecía frente a ella, observándola con confusión y excitación.

—¡Espera! —bramó Thomas, atrapando las puertas antes de que se

cerraran del todo—. ¿Cómo es posible que huelas diferente? ¿Qué huelas a mí...?

—¡No lo digas! —gritó a su vez Lucille, no dispuesta a que el hombre dijera en alto lo que ella sabía desde hacía tiempo y que nunca quiso aceptar.

Sin perder tiempo, y sin pensar realmente en lo que hacía, permitió, por primera vez desde que residía en la

manada, que su poder hiciera acto de presencia, empujando con un golpe de viento al lobo, quien fue lanzado hacia atrás unos metros, consiguiendo así que se cerraran las puertas.

Su vida ya no volvería a ser la misma. Lo había jodido todo. Lo sabía, lo aceptaba. Ya no había vuelta atrás, pues el alfa había presenciado el despliegue de su poder. Era hora... de

hacer las maletas e irse lejos. Huir del único lugar al que una vez deseó llamar hogar...

Thomas acabó tirado en el suelo, boca arriba, con el corazón latiendo furiosamente y sin poder creer lo que acaba de vivir.

—¿Mi compañera? —murmuró

consternado y golpeado emocionalmente. Era incapaz de encontrar las palabras para describir lo que estaba sintiendo: emoción, confusión, deseo, rabia... pero sobre todo... tenía muchas preguntas, que en cuanto le diera el mensaje a su hermano, se iba a asegurar a obtenerlas.

Lucille tenía secretos que él se aseguraría de descubrir.

CAPÍTULO NUEVE



—Vete a tomar por culo, ¿me oyes? No me vuelvas a llamar si es para soltar gilipolleces. Y no... Que me da

igual el Consejo te esté chantajeando con el vídeo... ¡Déjame en paz!

Thomas se quedó con la mano en el pomo al escuchar los gritos de su hermano procedentes del interior del cuarto.

—¿Quién era?

Esta vez oyó la voz de la compañera de Bruce, le alegraba saber que ya estaba despierta y por el aroma

que se percibía desde la puerta... ya habían completado la unión.

Al estar alterado a causa de descubrir que Lucille podía ser su compañera y que era capaz de cambiar o al menos alterar su aroma... Thomas decidió que iba a respirar por la boca y así evitar el pegajoso olor del sexo, que cubría todo el lugar. Lo que menos necesitaba en estos momentos era

alterarse más y darle motivos a su animal interior a tomar el control, que era lo que quería hacer la bestia por todos los medios posibles.

Su lobo le gritaba que diera media vuelta y saliera corriendo tras la sanadora, que obtuviera las respuestas que precisaba y se uniera a ella porque para su parte animal no había dudas: ella era suya, su compañera. Y por más

que su lado humano dudara y necesitara ponerle nombre a lo que había sucedido, a cómo ella fue capaz de ocultar su fragancia natural, de enmascarar que era su compañera, para el lobo ella ya le pertenecía desde que captó el olor a chocolate en el ascensor.

Lucille le pertenecía y por tanto tenía que ir a por ella.

Para desgracia del lobo, Thomas,

además de ser un hombre a punto de cazar a su escurridiza hembra, era el alfa de la manada y tenía la obligación de entregar el mensaje que le envió su padre para su hermano.

Abrió la puerta sin perder tiempo y esquivó la almohada que voló hacia él. Sin moverse del sitio se quedó observando con estupefacción la mullida almohada que yacía cerca de sus pies.

—¿También a ti te ha lanzado una almohada? Si es que mi compañera es toda una guerrera sanguinaria.

—El que se va a tomar por culo ahora eres tú, lobo —le echó en cara la mujer que estaba en la cama cubierta hasta el cuello con varias mantas de hospital y lucía ruborizada, con aspecto de saciada y feliz, nada que ver a cómo llegó al centro cuando la vio.

—Me gustaría ver cómo se lo hace a nuestro padre. Si consigue darle madre la adorará —bromeó Thomas, acercándose a su hermano, observando de reojo a su cuñada, al nuevo miembro de su manada. Era hermosa, pero no con una belleza despampanante que provocara que los hombres se giraran para mirarla dos veces, más bien como una pequeña y delicada flor que

resplandecía sobre todo cuando devoraba a su compañero con la mirada.

—Hablando de ese vejestorio, me acaba de llamar.

—¿Cómo que te acaba de llamar? Si me envió aquí a que te diera un mensaje. ¿Tenías tu móvil encima?

«Ve a por nuestra compañera, ya. Deja al chucho con sus problemas», le urgió el lobo a Thomas, enviándole

malestar y rabia al no estar cazando en esos momentos a Lucille, al no haber ido tras ella cuando estaba en el pasillo.

«Calma. Primero esto, luego iremos a por ella», sentenció este, no dispuesto a dejarse llevar por su parte animal. Ante todo era el alfa y tenía que tener todo en orden, no podía darse el lujo de que algo se saliera de control porque podía perder el dominio de la

manada. Siempre había lobos solitarios al acecho, dispuestos a robarle el mando de su gente, asestando también un duro golpe a su padre quien se orgullecía al tener dos hijos alfas que eran admirados y temidos por el mundo cambiante.

—¿El viejo también te llamó a ti?

Está mal de la cabeza. —Negó Bruce, apretando los puños y soltando una retahíla de maldiciones que sorprendió a

Alice—. Y no, no me llamó al móvil porque lo dejé en la Base. Vas a tener que cambiar el fijo de esta habitación porque lo he destrozado —reconoció, señalando con un gesto el teléfono del cuarto que estaba resquebrajado en una de las mesitas de noche. Todas las habitaciones del hospital disponían de un teléfono que conectaban con la centralita de enfermería y aceptaban

además llamadas del exterior. Y el Rey disponía de un listín de los teléfonos más importantes de las manadas y en este caso se aprovechaba de su posición para poder localizar a sus dos hijos.

—¿Ese viejo al que te refieres es tu padre? —preguntó esta finalmente, tras carraspear para atraer la atención de los dos hombres.

—Sí, es nuestro padre —contestó

Thomas al ver que su hermano permanecía callado, claramente enfurecido por algo que seguro que le dijo su progenitor.

La mujer de Bruce lo sorprendió al levantarse de la cama y avanzar con esa bata de hospital hasta su compañero para golpearle en el hombro y decirle:

—Si es tu padre, ¡no le digas así!

¿Y cómo pudiste enviarlo a la mierda?

Si ya le sorprendió ella, cuando vio a su hermano sonreír y abrazarla para darle un beso, fue algo que lo dejó sin habla. El gran Asesino del Consejo... ¿era capaz de comportarse como un cachorrito amoroso y todo por su compañera?

Estaba tentado a grabarlo en vídeo para tener material de chantaje para cuando le hiciera falta.

—No lo envié a la mierda, lo mandé a tomar por culo, preciosa.

Ella le volvió a golpear el hombro y lo esquivó cuando este intentó atraparla de nuevo entre sus brazos para darle otro beso.

—Nada de besos, tienes que llamar a tu padre y pedirle perdón.

«Oh, oh», pensó Thomas. Ella estaba tocando un tema espinoso que

alteraba a Bruce hasta el extremo. Este siempre se llevó mal con su padre, llegando incluso a desoír sus órdenes y luchar por labrarse su propio destino. Que ella le dijera de esa manera que “hiciera las paces con su progenitor” era delicado y podía enfadarle más, pues a un alfa le jodía que le ordenaran algo, hablando claro.

Al ver que Bruce entrecerraba los

ojos y comenzaba a mostrar esa palpitante vena en el cuello, decidió intervenir, cambiando el tema de conversación:

—Además del mensaje de nuestro padre venía para informarte que la serpiente que trajo la gárgola escapó.

Cambio de tema... fallido. Esto lo que acabó provocando fue que Bruce se enfureciera más.

—¡Cómo que escapó ese hijo de puta! ¿No estaba vigilado? Ese mierda se atrevió a secuestrar a mi compañera. Tenía que haberle partido las piernas para...

—Es una serpiente, Bruce, puede huir aunque le partas las piernas, además, no te preocupes por él, la gárgola ya fue en su busca y por cómo se veía de furioso dudo mucho que tarde

en encontrarle.

—No te hagas el gracioso, Thomas, no te pega nada. Sigue en tu papel de alfa porque como payaso no tienes futuro —respondió de mala gana Bruce, acercándose hasta el ventanal del cuarto. Apartó un poco la cortina para poder mirar el exterior y permitió a su mente repasar todo lo acontecido hasta ese momento. El secuestro de su

compañera la noche en que iba a declararse, la llegada a la manada de su hermano, la deseada unión con su pequeña loquera, la llamada del cabrón de su padre y ahora para rematar la noche, la huída de la escurridiza serpiente—. En cuanto lo atrape, es hombre muerto, sin importarme que sea miembro de una raza “protegida” por sus dones y por que quedan pocos de

ellos en el mundo.

Thomas se encogió de hombros.

Era la presa de su hermano por tanto que hiciera lo que quisiese. La humana por otro lado no era tan comprensiva con la necesidad de los cambiantes de obtener venganza e intervino de nuevo:

—¡No puedes matar a nadie! Y menos a ese hombre, seguro que tenía un motivo para...

—¡No te atrevas a acabar esa frase, Alice! Mi mundo no es como el tuyo, si un cambiante se atreve a dañarte está muerto. No voy a dudar en romper el cuello a quien te haga daño. ¿Querías averiguar el motivo de por qué me enviaron a tu consulta? Es esto. Mi trabajo. Soy un Asesino. Me envían a acabar con los inmortales que rompen las leyes. Mis manos están manchadas

de sangre, soy un soldado que tiene que vivir cada día con los recuerdos de las atrocidades que cometí en nombre de la justicia del Consejo. ¿Puedes verlo? ¿Puedes aceptarme pese a mi oscuridad o ahora te doy asco y miedo?

No pudo enfrentarse a la mirada de ella mientras escupía todo lo que ocultaba en su corazón, todo el miedo que tenía a que ella lo dejara cuando se

enterara en qué consistía su trabajo. Que no era más que un asesino que seguía órdenes y que si mandaba a tomar por culo a su padre era porque este se atrevió a indicarle que tenía que dejarla, que no podía permitirse tener a una simple y débil humana a su lado como compañera.

Y para rematar... que el Consejo le estaba chantajeando con el vídeo del

despacho y estaba furioso tanto con su hijo como con ella, pero sobre todo con la psiquiatra, al ver que la trabajadora humana se atrevió a traspasar la línea profesional con uno de sus pacientes, aún sabiendo que pesaba sobre ella una velada amenaza si hacía esto. El Rey no estaba dispuesto a ver como su línea de sangre se debilitaba ante la entrada de una humana. Por mucho que el mayor de

sus hijos se negara a cumplir sus órdenes, mantenía la esperanza de que llegara el día en que Bruce aceptara su destino y se sentara a su lado en el trono, aprendiendo a manejar las manadas y comprendiera la extenuante y dura labor de un Rey.

Alice permaneció en silencio mientras veía abrirse al fin a su pareja. Todo ese dolor que se percibía en sus

palabras era lo que esperaba durante las sesiones. Poder llevarlo al límite para que explotara y pudiera dejar libre todos los sentimientos que lo estaban asfixiando por dentro y no le dejaban avanzar.

Estuvo a punto de llorar al imaginar todo el dolor que vivió. Un soldado a manos de un Consejo que no dudaba en romperlo con tal de obtener

lo que querían.

Lo amaba más por toda la oscuridad de su vida, por la valentía al enfrentarse cada día a todo lo que guardaba en su corazón, en su mente. Lo amaba más porque a pesar de ese mundo que lo atormentaba no evitaba que la amara con pasión y estuviera dispuesto a perderlo todo por ella.

Estaba orgullosa de él y lo

ayudaría en todo lo que pudiese, para que su vida fuera luminosa de nuevo, para que pudiera sentirse orgulloso de tener un hogar al que regresar, de compartir su vida junto a ella, de alejar la oscuridad para poder ser feliz.

—¿Crees que te voy a dejar solo por ser como eres? —Comenzó a acercarse hasta él que permanecía con la vista clavada hacia la calle, tras

descurrer con furia las cortinas.

A su espalda escuchó un carraspeo y la voz del hermano de su pareja.

—Os deajo solos, Bruce. Recuerda que tienes las puertas de mi hogar abiertas para cuando las necesites. No te vayas esta vez sin despedirte, hermano.

Alice esperó a que estuvieran solos de nuevo para abrazar por la espalda al lobo. Pudo notar cómo se

tenso con su toque pero no se apartó. Se mantuvo quieto, tenso y en silencio, a la espera de que fuera ella quien diera el primer paso. De nuevo, él se ofrecía ciegamente, a la espera de la sentencia.

—Te quiero. —La tensión no se desvaneció, permaneció ahí. Así que, Alice continuó—. Nada de lo que me digas me va a hacer cambiar de opinión. Te quiero desde el día en que ingresaste

en mi despacho. Ya nos hemos unido, he aceptado a tu lobo y no me importa tu pasado o...

—Trabajo matando a inmortales.

Ahora. Presente. Nada de pasado.

—Da igual, me oyes. Te quiero tal y como eres, no me importa en qué trabajas y estaré aquí para ti si necesitas hablar, desconectar. Lo único que quiero es que seas feliz a mi lado y que nunca

te arrepientas de elegirme.

Ante eso, Bruce sí que se giró, observándola atentamente.

—Hoy me has dicho que no puedo matar a nadie y que...

Alice lo acalló dándole un beso rápido, apenas un toque suave en sus labios que fue muy efectivo.

—Cierto, y creo firmemente en que la violencia nunca es la solución.

Pero también comprendo que en tu mundo tenéis unas normas que han de ser cumplidas y quien las infringe ha de ser castigado. Preferiría que no mataras a nadie, pero si te encuentras entre la vida o la muerte quiero que hagas lo necesario para llegar vivo y a salvo de nuevo a mi lado. Además... —Se ruborizó ante lo que iba a reconocer. Al final, negó con la cabeza y optó por

callarse—. No, nada. No es nada.

—¿Además, qué? —se interesó

Bruce, no dispuesto a dejarlo pasar.

Alice suspiró. No le quedaba otra que confesar su parte de culpa en la discusión. Si quería que él fuera sincero con ella y aceptara que podía ser su tabla de salvación en su día a día si le hacía falta, tenía que comenzar con no ocultarle nada.

—Lo hice también porque quería que explotaras, que te abrieras a mí tal y como te pedía en la consulta. Necesito saber qué te pasa, qué escondes en lo más profundo de tu corazón para poder ayudarte, para mostrarte que puedo ser tu luz, que te voy a querer pese a que te veas cómo te ves. No eres ningún monstruo, Bruce, que te quede claro. Eres un hombre que tiene un trabajo que

puede pasar factura, que hace un bien a tu sociedad, y te admiro y te quiero por esto. No te vas a librar de mí, lobo. Tenlo por seguro.

Uno de los asesinos más temidos de la Sociedad Inmortal, el azote del Consejo, el llamado *LastShadow...* acabó de rodillas abrazando a su compañera, murmurando agradecido y con todo el amor que sentía:

—Gracias.

«Nuestra compañera, perfecta. La elección del destino».

«Si, tienes razón. Es perfecta», le dio la razón a su bestia interior, saboreando la paz y el amor absoluto que sentía cuando la tenía en sus brazos.

Y los dos estaban dispuestos a decírselo cada día, asegurándose de hacerla feliz.

EPÍLOGO



Tres días después

Esa noche iban a irse. Bruce no estaba dispuesto a pasar ni un día más en el pueblo, sobre todo desde que llamó su madre indicándole que su padre iba de camino a hacerles una visita a sus hijos.

No quería hacerle frente, y pese a que intentó ocultarle el motivo por el que insultó a su padre, al final se lo confesó todo a su compañera,

consiguiendo que esta se pusiera de su lado y lo apoyara con la decisión de alejarse unos días hasta que las aguas se calmaran, y los padres de él asimilaran que estaba unido a una humana.

Bruce se lo agradeció, devorándola por completo mientras ella suspiraba aliviada al no tener que hacer frente a sus suegros. Alice no le quedaba otra que reconocer que les tenía miedo,

auténtico temor ante la posibilidad de que consiguieran separarlos, o llevaran a cabo la amenaza de deshacerse de ella por unirse a uno de sus pacientes.

Según palabras él, lo mejor era largarse lejos, follar como conejos y asegurarse que el enlace se volviera irrompible, así su padre no podría decirle nada, y no le quedaba otra que aceptar la realidad o se podía ir tomar

por culo.

—¿No deberíamos pasar por casa de tu hermano para despedirnos de él?

Bruce le abrió la puerta del coche y esperó a que estuviera acomodada para cerrarla con cuidado, antes de rodearlo y ponerse tras el volante. El segundo al mando de Thomas le había entregado las llaves de uno de los coches de este, con una sola

advertencia.

«—Si se lo rallas, te va a cortar los cojones».

—No hace falta.

—¿Pero si te dijo que pasaras por su casa para despedirte antes de que nos fuéramos? ¿No se molestará si no vas? ¿Si no vamos?

Él encendió el coche y se puso en camino, rumbo a la salida del pueblo,

alejándose velozmente de aquel rincón de marujas que no dejaban de curiosear tras las ventanas o los alrededores de la cabaña, que le dejaron usar mientras su compañera se recuperaba. Dejar el hospital fue lo mejor, sobre todo cuando se burlaron de ellos aplaudiéndoles cuando pasaron por el pasillo de la planta baja hacia la salida. Los que estaban en el mostrador no se cortaron

nada, dejando claro que los habían escuchado.

Cuando le tuvo que confesar que los silbidos y los aplausos de esos “enfermeros” como los llamó ella era a causa de que los habían escuchado mientras practicaban sexo, y se estaban burlando de él por caer en el “amor”, a Alice casi le da un infarto de la vergüenza y de la impresión.

Por culpa de eso estuvieron un día sin sexo ante el temor de que le pudieran escuchar en la cabaña. Ella se negó en redondo a hacer nada para que no pudieran escuchar como gritaba cuando llegaba al clímax o como él aullaba de puro placer.

La tuvo que engañar, asegurándole que a través de las paredes de la cabaña no serían capaces de escucharles.

Mentira. Porque era de madera y si él podía escuchar con claridad lo que sucedía en las cabañas de al lado, sus vecinos harían lo mismo.

Pero no iba a quedarse sin sexo cuando se suponía que estaban viviendo su “luna de miel”. Así que tras tener a su compañera contenta y confiada, dispuesta a follar porque nadie los iba a oír, acabaron horas y horas en la cama,

para luego pasar al sofá y hasta en la mesa de la cocina. Disfrutando al descubrir lo que al otro le gustaba.

—No te preocupes, doc, porque mi hermano no se va a molestar para nada. Dejó el pueblo la mañana en que nos entregaron las llaves de la cabaña. Fue él quien les dijo que nos debían ofrecer cobijo, además de alimento y un coche si teníamos pensado irnos.

Alice jadeó, y se giró, mirando el perfil de su marido. A ella le gustaba llamarlo así porque sabía que cuando lo hacía lo molestaba pues el lobo prefería el término compañero.

—¿Y cuando mi marido me lo iba a decir?

Como esperaba Bruce gruñó y apretó el volante con fuerza hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—No me gusta la palabra marido y lo sabes, somos compañeros. Es una unión sagrada, no como esa gilipollez de boda que realizan los humanos para luego divorciarse pasados unos meses. Con nuestra unión, COMPAÑERA, no hay divorcio posible.

Alice le siguió picando al responderle, mientras se encogía de hombros.

—No, solo he de quedarme viuda para librarme de ti.

El volantazo que dio Bruce hizo que gritara de temor. Ella no sobreviviría si tenían un accidente de coche. Sí podía vivir lo que viviera su compañero, pero nunca podría tener su fuerza, pues después de todo no era más que una humana.

El silencio se impuso tras la

momentánea pérdida de él del control del coche. Sintiéndose un poco culpable ante lo que dijo, pese a que fue una broma de mal gusto, Alice intervino:

—Sabes que era una broma, ¿no?

—Y tú sabes que en cuanto te lleve a mi refugio secreto te voy a poner sobre mis rodillas y...

—Me vas a follar duro, fuerte y de una manera super caliente.

Bruce esbozó una sonrisa ladeada y negó con la cabeza.

—No, tendrás tu castigo. Pero te aseguro, compañera, que lo vas a disfrutar enormemente. Oh, sí, me voy a asegurar de ello.

—Espero que cumplas tu promesa.

Este se rio y la miró, con absoluta devoción.

—Y si no, te tengo a ti para

recordármelo, doc. ¿No es lo que hacéis los loqueros?

Alice rompió a reír y le golpeó el brazo, juguetonamente.

—No empieces, lobo y mira para la carretera, cuando se conduce no te puedes distraer.

—Sé cómo me podrías distraer ahora mismo.

Ella se quitó el cinturón y se

movió hasta quedar pegada a él, agradeciendo mentalmente la capacidad de él por mantenerse en alerta pese a estar siendo “alterado” por su cercanía.

—¿Y cómo podría distraerte?

¿Quieres que hablemos de tu infancia?

¿De cómo te celaste ante la llegada de tu hermanito? O tal vez...

—Me la puedes chupar todo lo que quieras y así me dejas sin habla

unos minutos —terminó él, con voz enronquecida, excitado ante la sola idea de tener sexo en el coche.

Jurándose que si ella estaba dispuesta a cumplirle esa fantasía sexual iba a comprar un maldito *kilt* escocés y a aprender a tocar la gaita con tal de “escenificar” una escena de esa empalagosa serie de televisión que le obligó a ver su compañera, acerca de

una mujer del futuro que acabó en el pasado y casada a un escocés virgen.

Al ver que ella se movía hacia su asiento, suspiró con pesar. Bueno, lo había intentado, ¡que se le iba a hacer! Eso sí, en cuanto llegara a su refugio, del que estaba seguro que su padre no tenía conocimiento de dónde se encontraba, iba a torturarla lamiéndole entre las piernas hasta que le suplicara

que la tomara. Se iba a asegurar que ella gritara de placer cuando el orgasmo la golpeara con fuerza mientras la follaba probando varias posturas de ese “kamasutra” del que tanto hablaba ella.

El que estuvo a punto de gritar fue él al notar como Alice le abría la cremallera y liberaba su excitada polla.

—Oh, joder... No creí que estuvieses dispuesta a... —Primer

lametazo y ya estaba a un paso de correrse. Joder...—... chupármela.

Alice movió la cabeza arriba y abajo, lamiendo el duro eje. Nunca fue buena con el sexo oral pero por como él estaba gimiendo no lo estaba haciendo tan mal. Eso la volvió audaz y acabó arañando con sus dientes con mucho cuidado, mientras subía.

—¡Mierda! Eso ha dolido —

exclamó Bruce, corcoveando la cadera hacia arriba como si buscara sumergirse más en el interior de la tortuosa boca que lo estaba atormentando.

—¿No te gustó? ¿Te hice daño? Si quieres paro y...

—¡No pares! Ni se te ocurra parar. Me ha gustado todo, hasta cuando me arañaste con los dientes, estoy a un paso de correrme, ¿es que no lo ves?

Estoy a punto de liberar mi semilla en los pantalones y no durar ni dos minutos, y todo por tu culpa —admitió, tras tragar un par de veces con dificultad.

—Oh —exclamó con vergüenza Alice, sin poder evitar sentirse tímida. Quería ser más valiente con él, probar cosas nuevas pero siempre acababa teniendo dudas, aunque Bruce conseguía que se esfumaran en cuanto le aseguraba

que ella era todo lo que deseaba y lo volvía loco con todo lo que le hacía.

—¿Doc? Si no quieres podemos esperar a casa. El castigo queda relegado después de que me asegure de montarte. No puedo esperar a tenerte de rodillas y...

No pudo hablar en mucho rato, y todo gracias a las atenciones de su compañera, que le chupó arriba y abajo,

acariciando la base de su polla con una de sus manos, regalándole un placer que lo estaba quemando por dentro.

Su hermano podía estar desaparecido por culpa de una sanadora que según él era su compañera, pese a que estuvo revoloteando alrededor de ella durante tiempo sin percatarse de esto.

Su padre podía ser un maldito

cabezón que se negaba a ver la realidad, que él moriría si no tenía a Alice a su lado.

Su madre... la pobre tenía que aguantar a tres machos alfas con demasiada testosterona.

El Consejo no se tomó muy bien los días de “vacaciones” que se tomó para poder cumplir el deseo de su compañera de tener una luna de miel en

la que estuviesen los dos solos, para conocerse mejor.

La serpiente seguía desaparecida al igual que la gárgola que salió en su búsqueda.

El mundo... podría irse a la mierda... ¡Joder! Que él iba a tener el mejor orgasmo del día y todo gracias a la boca de su compañera.

¿Qué más podía pedirle al

destino?

Ah, sí... tal vez comentarle a su hermosa Alice que iban a ser padres en ocho meses y veintiocho días. Pero ya se lo diría más adelante... o esperaría a que fuera ella quien se lo dijese cuando se percatase de los cambios que iba a presentar su cuerpo.

Le tocaba comenzar a practicar su cara de sorpresa ante el espejo o su

avispada compañera se iba a pecatar que ya lo sabía, y todo gracias al cambio en su aroma que lo estaba volviendo loco, o más bien, lo dejaba duro y cachondo las veinticuatro horas del día.

No le preocupaba el futuro. Ya no.

Iba a disfrutar del presente, de cada día que le regalase su amor a su lado.

Alice, la domadora del lobo feroz.

La dueña absoluta de su corazón.

Su compañera, la única mujer a la que le entregó su devoción y su amor.

La futura madre de sus cachorros.

La loquera que le mostró lo que era la auténtica felicidad, y esta, sin duda, tenía un nombre y apellido: Alice Erwan.

FIN